

Selección

# TERROR

RALPH BARBY

# LOS COLMILLOS DEL REPTIL



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

330 – La noche es de los zombies, *Ralph Barby*.
331 – La casa hecha con sangre, *Clark Carrados*.
332 – La hija del bosque, *Ralph Barby*.
333 – El circo del horror, *Adam Surray*.
334 – Con el Demonio no se juega, *Joseph Berna*.

RALPH BARBY

# LOS COLMILLOS DEL REPTIL

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 335
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 13.208 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: julio, 1979

**© Ralph Barby - 1975**
texto

**© Jorge Sampere - 1975**
cubierta

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979

# CAPITULO PRIMERO

Llegar en el tren a la Gare du Nord en un atardecer invernal, con el cielo de París cubierto por unas nubes que han precipitado la noche sobre la villa, llegar con la sensación de humedad y frío, el suelo mojado, con una fina lluvia cayendo sobre la ciudad, y ver cómo la gente apresura el paso y los coches circulan aprisa, ya con los faros encendidos, no es una situación agradable.

No es el París primavera que suelen encontrar los turistas de medio mundo que ansían visitar el Louvre, subir a la Tour Eiffel y, por la noche, encerrarse en el Lido frente a una copa de «champagne».

—¡Taxi, taxi!

Ava había levantado la mano y con ella su busto y también la gabardina que ceñía a su cintura. En el suelo, unas maletas y, tras ella, juntas y un poco asustadas, dos niñas, casi dos muchachas, exactamente iguales, pues eran gemelas.

—Sí, madame.

El taxista, quizá por ver a una mujer joven y hermosa, pese a la cantidad de ropa, y a dos niñas, se mostró más atento de lo usual. Las maletas pasaron al portaequipajes, y ellas, a los asientos posteriores. El limpia-parabrisas no dejaba de hacer zum-zum.

—Mal día, y los de la radio —el chófer señaló la radio incrustada en el salpicadero— dicen que seguirá igual o peor. No me gusta que nieve, ¡zas!, una rascadura y el coche al taller, y son unos días sin trabajar. París es duro, muy duro.

El taxista era muy locuaz. Seguramente no era de París, pero habría que aplicarle tortura física para que confesara ser de la Gascuña o bretón, posiblemente.

Ava Bryan no le respondía, y las niñas viajaban calladas. El taxista acabó pegando los labios, al comprobar que no conseguía respuestas.

Cruzaron la ciudad, después de bajar por la rué La Fayette. Llegaron a la Opera, después cruzaron por el puente de Solferino y no pudieron ver las aguas del Sena, todavía no se hallaban encendidas las grandes farolas del Quai, pese a que los automóviles rodaban con las luces de posición conectadas.

Las dos muchachitas trataban de ver la ciudad, pero el cristal estaba lleno de gotas y también vaho; lo frotaban con sus manos, pero las gotas estaban por el exterior, y no conseguían ver con claridad.

El taxi se adentró por un barrio residencial, con grandes villas a un lado y a otro.

—Son colegios —observó el taxista—. ¿Es usted maestra, madame?

—Sí.

El hombre sonrió, pese al laconismo de la respuesta.

El coche se detuvo frente al número setenta y dos. La mansión debía de ser

grande, a juzgar por el muro que daba a la calle, pero los árboles apenas permitían verla. La verja estaba abierta, y el taxista no dudó en pasar por debajo del arco de hierro pintado con purpurina de oro, donde unas letras rezaban: Lycée des Esprits.

—¿Quiere que llame a la puerta, madame? —inquinó el taxista.

—No, no, gracias.

Las tres mujeres quedaron en el atrio de la edificación, con sus maletas. Ava aguardó a que el taxista comenzara a alejarse, antes de pulsar el timbre.

En realidad, esperaba que salieran a recibirlas después de haberse detenido el vehículo, pero la edificación se hallaba a oscuras, y comenzó a temer que no hubiera nadie.

—¿Tenéis hambre? —preguntó a las dos gemelas.

Estas asintieron con la cabeza. Tenían aspecto de desvalidas, de niñas salidas de un orfelinato. Ambas eran muy hermosas, aunque bastante delgadas.

Ava insistió con el llamador. Al alejarse el taxi, les había envuelto la oscuridad. ¿Por qué estaba abierta la puerta, si no había nadie en aquella villa oscura, con abundante hiedra reptando por su fachada de piedra?

Se encendió la luz en el atrio, y Ava suspiró con alivio. Luego, se abrió la pesada puerta de madera maciza y una mujer alta, de aspecto severo, salió a recibirles.

Miró a Ava Bryan y luego a las niñas; sus ojos escrutadores semejaban meterse dentro de la persona en la que se clavaban.

—¿Monsieur Second Chammad?

—¿Qué desean?

—Me llamo Ava Bryan, y vengo acompañando a las dos niñas. Son Berta y Bárbara Lemoix.

—Ah, sí —aquella severa mujer pareció recordar—. Monsieur Chammad no puede atenderlas ahora.

—Es que... —trató de protestar Ava, pensando que podían pedirle que se marcharan.

—No tema, mademoiselle, no voy a dejarlas en la calle. Soy madame Artémise, el ama de llaves y administradora del *Lycée des Esprits*. Cojan las maletas y síganme.

Aquella mujer no hizo el menor gesto para ayudarlas. Ava tomó dos maletas y un maletín, y Berta y Bárbara cogieron una maleta cada una de ellas. Madame Artémise cerró la puerta.

Dentro de aquel gran caserón, convertido en centro de estudios, olía a humedad, a hierbas maceradas.

Los ojos de las recién llegadas miraron en derredor, descubriendo cuadros y muebles muy antiguos. Hasta ellas llegaron claramente unas voces y también risas que sonaban cascadas.

—¿Están en clase? —preguntó Ava.

—Es usted maestra, ¿verdad?

—Sí.
—No es francesa, ¿eh?
—No.
Ava se sintió un poco molesta; no contestaba a sus preguntas y, en cambio, ella tenía que responder a su vez.
Se vieron ante una amplia escalinata, que ascendía al piso. Cuando creían que iban a subir por ella, madame Artémise las condujo por un lateral. Cruzaron una puerta y recorrieron un angosto y casi oscuro pasillo. Se vieron frente a una escalera de caracol, que no era muy estrecha, pero en nada se parecía a la gran escalinata del vestíbulo.
Los pasos resonaban sobre la madera, que gruñía. Llegaron al primer piso, pero la escalera seguía. Madame Artémise no se detuvo, siguió escalando peldaños. A Ava le pareció que aquella mujer no era comunicativa ni amable.
Berta y Bárbara subían con dificultades, cargadas como iban, lo mismo que la propia Ava, que se detuvo para descansar. Madame Artémise se volvió, la miró, mas no hizo comentarios. Aguardó a que Ava se repusiera, y después reanudó la marcha.
Llegaron, por fin, a un corredor donde había varias puertas. Abrió una de ellas y encendió la luz, dejando ver una alcoba que no era muy grande, pero sí suficiente, aunque las comodidades brillaban por su ausencia. Allí dentro hacía frío.
—Hay dos camas, las niñas pueden acostarse aquí.
—¿Y la calefacción? —preguntó Ava, mirando en derredor.
—Se estropeó. La verdad es que las tuberías de hierro se han hecho viejas, y cambiar ahora todo el sistema costaría una fortuna. Hay buenas mantas. Usted, mademoiselle, sígame.
—Bueno, pasad aquí y colocad la ropa en el armario; ahora vendré a veros.
Ava Bryan, cargada con sus maletas, siguió a madame Artémise. Al rebasar la siguiente puerta, se atrevió a preguntar:
—¿Esta habitación no está libre?
—Es el aseo —le respondió madame Artémise, seca y casi cortante.
A Ava aquel lugar le pareció muy lóbrego. Se daba cuenta de que se hallaban en el centro de la buhardilla, mas no se notaban las inclinaciones del tejado; debían haber colocado unos techos falsos, pero era seguro que sí habría otros cuartos con los techos inclinados, propios de la buhardilla. Se preguntó a sí misma si sería bueno dejar allí a las gemelas Lemoix.
La habitación que le mostró madame Artémise era muy parecida a la de las muchachas. La ventana daba a un hueco de respiración que transpiraba humedad, y que en lo alto debía terminar en una especie de chimenea amplia. Ava pensó que mejor hubiera sido colocar allí un orificio con un extractor y no engañar con una falsa ventana que daba a un hueco que tenía más de pozo que de otra cosa.
—Cuando se hayan cambiado, bajen juntas a la cocina y podrán cenar.
Ava no tuvo deseos de darle las gracias. Si se quedaba allí era por las

gemelas Lemoix; de otra forma, ya se hubiera marchado de inmediato. Sin duda alguna, aquellas habitaciones, en el pasado, deberían estar destinadas al servicio.

Cerró la puerta y observó que el cerrojillo estaba roto. No le gustó, no podía aislarse en el cuarto.

Hacía demasiado frío para quedarse desnuda; sin embargo, se cambió con la molesta sensación de que estaba siendo observada, una sensación que no le gustó. ¿Cómo sería monsieur Second Chammad? La tenía preocupada.

Ya vestida, pasó al cuarto de las gemelas. Las encontró sentadas juntas en una misma cama.

—¿No os habéis cambiado?

—¿Teníamos que cambiarnos? —preguntó Bárbara.

A la propia Ava le costaba mucho diferenciar a una gemela de otra, y lo conseguía gracias a la forma de hablar de ambas.

Pensó que debía infundir confianza a las hermanas. Lo que en realidad deseaba es que las muchachitas se hicieran mayores con rapidez, y alcanzaran su propia libertad e independencia. De haber poseído facultades mágicas, las hubiera utilizado en ese sentido, pero Berta y Bárbara tenían sólo catorce años, y la Ley les imponía una situación que tendrían que vivir.

—Está bien, vamos a cenar.

—¿Habrá televisión aquí? —preguntó Berta, de ordinario más risueña que su hermana. Era una de las pocas cosas que las diferenciaban.

—Espero que sí, aunque este caserón parece un poco descuidado y es bastante viejo. Vamos.

—Esta casa me da miedo —opinó Bárbara.

—No es una casa, ¿verdad, Ava? —Preguntó Berta—. Es un colegio.

—Es el *Lycée des Esprits* —puntualizó Ava.

—¿Y qué quiere decir ese nombre? —interrogó Berta, menos sombría que su hermana

—Pues, quiere decir que éste es un lugar de estudio para cultivar los espíritus y ampliar conocimientos. Creo que también es un centro para adultos que desean ampliar sus estudios. Bárbara preguntó:

—¿Nosotras también iremos a clase?

—Claro, tenéis que estudiar. Si no estudiáis, ¿qué sería de vosotras el día de mañana?

—Yo quiero ser azafata —dijo Berta.

—¿Y tú, Bárbara?

—Yo quiero morirme como mis padres.

Ava iba a reprocharle lo que acaba de decir, pero Bárbara comenzó a sollozar silenciosamente; los ojos se le humedecieron.

—Vamos, vamos.

Se sentó junto a ella, y la estrechó contra su cuerpo. Berta la miró y comentó:

—Yo no quiero morirme, pero si se muero Bárbara, yo también moriré.

—No digas tonterías.

—Dicen que cuando se muere uno de dos hermanos gemelos, el otro fallece también.

—Por favor, Berta, no sigas —atajó Ava.

—Pues dile a Bárbara que no hablé más de morirse.

—Ya lo has oído, Bárbara, no asustes a tu hermana. Ahora debéis estar más unidas que nunca.

—¿Te irás y nos dejarás? —preguntó Bárbara, casi entre sollozos.

—Todavía no, tengo unos días de vacaciones. Me quedaré aquí con vosotras, y vigilaré cómo estáis.

—Pero luego te irás —le reprochó Bárbara.

Berta, que no se dejaba llevar por la tristeza ni la sensación de desamparo, preguntó:

—¿Cómo es monsieur Chammad?

—Pues, no lo sé, no le conozco.

Ava temió que el propietario del Lycée des Esprits causara una mala impresión en las gemelas, que iban a quedar bajo su tutoría, según quedaba dispuesto en el testamento de sus fallecidos padres.

La situación se estaba haciendo difícil, y Ava pensó que, cuando llegara el día de la despedida, el día de separarse de las niñas, sería mucho peor, por lo que hizo un sobreesfuerzo para no dejarse llevar por él sentimentalismo y se puso en pie.

—Basta ya, vamos a cenar. Veréis cómo en París nos divertimos; hay cines, parques, museos; subiremos a la Torre Eiffel y bajaremos al interior del Arco del Triunfo. Le pediré permiso a monsieur Chammad para que, un día, podamos hacer una excursión nocturna en los barquitos del Sena.

Sacó a las gemelas del dormitorio y las condujo por las escaleras de caracol. En realidad, Ava tampoco sabía por dónde debía dirigirse para llegar a la cocina en la que habría de aguardar madame Artémise, aquella mujer severa, que irradiaba antipatía.

Las escaleras se hicieron odiosas para Ava, mas no expresó su opinión para no influir en las gemelas. Rebasaron el piso y continuaron descendiendo, pues supuso que la cocina debía hallarse en la planta baja del edificio.

Pasaron por lugares poco iluminados e incluso por techos que estaban francamente oscuros. Terminaron de bajar escaleras y, por el corredor que recordaban, llegaron al amplio salón donde se hallaban las escalinatas que les habían sido negadas.

De pronto, ante ellas apareció una figura alta y oscura; era la silueta de un hombre a contraluz. Las tres tuvieron un ligero sobresalto.

Al mismo tiempo, Ava tuvo la sensación de que la envolvía una oleada de frialdad; era una gelidez húmeda, que hedía, algo difícil de describir. Se dijo que debía filtrarse por alguna puerta que conducía a los sótanos de aquel caserón y que habría quedado abierta.

Tras la primera vacilación, siguieron adelante. La figura que quedaba a

contraluz no se movió; era un hombre, no cabía ninguna duda y, al llegar a la luz, él se hizo a un lado y pudieron verle de frente, quedando las tres desconcertadas.

El hombre era alto, delgado, de rostro tan atractivo que podía tildarse de muy guapo. Su edad era difícil de determinar. Tenía el cabello muy abundante, debía haber sido escuro, pero las sienes se le veían ahora fuertemente plateadas. Iba bien peinado, vestía con una pulcritud casi exagerada, y sus modales eran de lo más refinado.

—¿Es usted mademoiselle Bryan?

—Sí.

—De modo que vosotras sois las gemelas Lemoix... ¿A qué acierto quién es una y quién la otra? —dijo, mirándolas a ambas con sus ojos de un azul muy claro.

Las dos niñas, al verle tan guapo y atractivo, se olvidaron de sus recelos, del aspecto siniestro del caserón, de sus desagradables escaleras de caracol, de su escasa luz, de su frialdad y humedad, y de otras pequeñas cosas. Ambas miraron al hombre con un desafío cargado de deseos de divertirse a su costa, de jugar a confundirse entre ellas mismas, y dispuestas a hacerle quedar en ridículo.

—Tú eres Bárbara y tú eres Berta.

Señaló a las dos muchachitas alternativamente. Ambas quedaron desconcertadas e incluso la propia Ava, que tenía muchas dificultades en reconocerlas.

—¿Siempre tiene tanta suerte? —preguntó Ava.

—¿Suerte? ¿Por qué cree que es suerte, mademoiselle Bryan? —preguntó él, mostrándose agradable pero también algo irónico.

—Sólo había dos posibilidades, como vulgarmente se dice, cara o cruz.

El rostro del hombre se transformó bruscamente, se puso de mal humor, y Ava no supo a qué achacarlo. Se dijo que posiblemente ella había tenido un desliz, tratando de puntualizar tanto.

—El nos ha identificado en seguida —se apresuró a decir Berta, rompiendo el súbito cambio de humor.

—Bueno, creo que no es necesario que diga quién soy.

—Usted es monsieur Second Chammad.

—Ya ve, usted también es adivina.

—Para mí, adivinar ha sido más fácil —se apresuró a decir Ava. De inmediato, preguntó—: ¿Usted es el director del liceo?

—Director, propietario y único profesor... —No obstante, se apresuró a añadir—: Claro que siempre tengo ayudantes que siguen mis enseñanzas muy de cerca, y que saben suplir mis ausencias muy bien.

—¿Y qué materias imparte en este liceo?

—Pues no hay reglas fijas. Aquí se amplía la cultura, enseño matemáticas, geometría, astronomía, en fin, muchas cosas.

—¿Otorga diplomas?

—Pues exactamente diplomas, no, pero cuando los alumnos que me hacen el honor de acercarse a este centro han alcanzado unas enseñanzas suficientes, se les entrega un anillo determinado y, si siguen educándose aquí, llega un día en que el anillo es cambiado por otro que les da una graduación superior. No se puede decir que estos anillos sirvan para que se les otorgue un empleo mejor remunerado, pero sí les sirve para identificarse entre ellos, para reconocer sus méritos, y le aseguro que quienes lo reciben lo conservan como una joya muy preciada.

—Me gustará ver uno de esos anillos —dijo Ava, observando que él, en sus dedos largos y blancos, no llevaba ninguno.

—Habrá momento para todo, hemos de hablar mucho.

—Sí, tengo que entregarle la documentación de las gemelas.

—Ahora, no. Si ha de entregar algo, déselo a madame Artémise; confío plenamente en ella. En estos momentos, sólo deseaba darles la bienvenida.

Antes de que pudieran darse cuenta, él se había inclinado, a modo de saludo, y desaparecía de su presencia. Ava tuvo la impresión de que se había alejado hacia la salida, aunque no estaba muy segura; la escasa luz de aquel caserón podía jugarle malas pasadas.

—Es muy guapo, ¿verdad? —comentó Berta.

—Sí, quizá demasiado guapo e interesante —aceptó Ava.

—Yo creí que sería viejo —comentó Bárbara, con los ojos iluminados.

—No, no es viejo; es atractivo y parece muy culto, pero...

—¿Pero qué? —preguntaron casi al mismo tiempo las hermanas Lemoix.

—No sé, no sé. Vamos, hay que cenar.

En la cocina no encontraron a madame Artémise sino a una mujer gruesa y mal encarada, que las examinó con sus ojillos pequeños y maliciosos.

—La cena está en la mesa. Cuando terminen, dejen la mesa tal cual está, y pueden retirarse. Yo tengo que irme.

—¿Y madame Artémise? —preguntó Ava.

—¿Madame Artémise? —repitió aquella mujer que no había dicho siquiera su nombre, alejándose sin dar una respuesta.

Berta y Bárbara no quisieron enterarse de nada más. La cena era frugal, pero caliente, y les apeteció porque aún tenían las retinas iluminadas por la fascinante figura de monsieur Second Chammad.

Cuando terminaron la cena, Ava miró en derredor. No había allí un transistor, un periódico ni una revista. No se oía nada, sólo el goteo de un grifo que no debía de cerrar bien.

—Será mejor que nos acostemos.

—¿Se han marchado todos? —preguntó Berta.

—Eso parece —respondió Ava, evasiva—. No conocemos las normas que rigen aquí. Posiblemente monsieur Chammad tendrá que realizar algunas visitas nocturnas, recepciones o algo similar.

A Ava no le gustó la sensación de soledad que se respiraba en el caserón. Regresaron al salón y dio una ojeada a las grandes escalinatas. Deseó subir

por ellas, mas pensó que quizá luego no supiera encontrar la otra escalera que daba acceso a las habitaciones de la buhardilla.

—¿Subimos por aquí? —preguntó Berta, señalando la gran escalinata.

—No, no ahora. Vamos a dormir, mañana será otro día. Estamos todavía fatigadas por el viaje y hay que descansar.

A Berta y a Bárbara se les habían pasado todas las nostalgias y temores, sólo pensaban en monsieur Chammad y cuchicheaban entre ellas. Ava no quiso quitarles aquel placer; hacerlas sentir extrañas en aquel enorme caserón, convertido en liceo de cultura para adultos, sería mucho peor.

Por las escaleras de caracol, regresaron a los dormitorios.

—Portaos bien y a dormir, mañana daremos un paseo por París.

—¿Cuándo volveremos a ver a monsieur Chammad?

La pregunta de Berta era una incógnita para Ava que, sin embargo, respondió:

—Seguramente mañana, aunque no hay que molestarlo mucho; debe ser un hombre muy ocupado. A dormir, v va sabéis, la puerta de al lado es el aseo.

—Buenas noches, mademoiselle —saludaron las gemelas, más contentas.

Ava las dejó en su dormitorio y, al dirigirse al suyo para acostase, no sospechaba que la noche iba a ser larga, muy larga para ella.

# CAPITULO II

Ava Bryan abrió los ojos y se encontró rodeada por la más absoluta oscuridad. Se quedó tensa, y hasta sus oídos llegaron claramente unos ruidos extraños, unos ruidos que semejaban voces ululantes que cambiaban de tonos, lo mismo se hacían cortos que largos.

Aquellos ruidos se habían convertido en una música inaguantable y obsesiva, que Ava no supo a qué achacar.

En medio de aquella sinfonía desacompasada y que en ocasiones la estremecía, le llegó, clara aunque lejana, una música barroca, posiblemente interpretada al órgano.

Comenzó a sentir presión en sus sienes, y se dijo que lo mejor sería tomarse una pastilla que la tranquilizara. Achacaba aquel súbito malestar que sentía al insomnio que le había invadido de pronto al hallarse en una cama extraña, en una habitación desagradable que no daba a ninguna parte y a la que llegaban claramente aquellos extraños ruidos que lo mismo daban la impresión de alejarse de la habitación que de acercarse.

Se levantó y buscó la luz. Encontró el vetusto interruptor de porcelana y, por más vueltas que le dio, la oscuridad persistió a su alrededor. La negrura penetró en su cuerpo, a través de los ojos que nada veían.

Palpando, encontró su bolso. Dentro de él tenía un encendedor de gas; lo oprimió entre sus dedos, y brotó hacia arriba la llamita alargada. Miró en derredor: la bombilla estaba en su sitio, todo estaba bien.

Ava se vio sola en aquel cuarto hostil. Apagó la llama, el mechero corría riesgo de calentarse en exceso. Cogió una bata y cubrió con ella su cuerpo joven y elástico de mujer que sabía cuidarse, de mujer moderna que había ganado una medalla en un campeonato de gimnasia artística.

Protegida en parte del frío por la bata, y con el mechero en la mano, salió de la habitación. El helor se metió entre los dedos de sus pies, mas no se detuvo por ello.

Avanzó a tientas por el pasillo Recordaba dónde estaba el interruptor de la luz, llego junto a él y se iluminó de nuevo con el mechero. Puso los dedos en el interruptor y trató de encenderlo, mas tampoco esta vez tuvo suerte, y dedujo que toda la buhardilla se había quedado sin luz.

Apagó de nuevo el mechero, y quedó quieta, expectante. Pudo oír los ruidos que la habían despertado y también la música aunque lejana, una música que sobrecogía y que no le gustó; sin embargo, se sintió atraída hacia ella.

«Si me preguntan qué hago, diré que hace falta una lámpara de petróleo o un candelabro de velas, ya que nos hemos quedado a oscuras», pensó.

Decidida, Ava se encaró con la escalera de caracol.

Tanteando con manos y pies para no utilizar el mechero más que en los momentos indispensables, comenzó a descender. En realidad, no sabía bien

qué era lo que buscaba. Tenía insomnio, y los ruidos extraños y casi ululantes habían comenzado a torturarla. Tampoco sabía por qué se habían quedado sin luz eléctrica.

Llegó al piso que quedaba entre la buhardilla y la planta noble del viejo caserón. Había dejado de oír los ruidos que tanto la molestaran, y la música se escuchaba con más claridad.

Decidió continuar por el camino que conocía. Al llegar al final de la escalera de caracol, que en aquellos momentos y a oscuras le pareció interminable, encendió de nuevo el mechero y descubrió otro de los vetustos interruptores que poseía el caserón. Se acercó a él, lo hizo girar y obtuvo idéntico resultado que en sus experiencias anteriores. La luz no se produjo.

—Vaya, está toda la casa sin luz —se dijo.

Volvió a apagar el mechero para que no se consumiese en su totalidad, y siguió adelante. Pensaba llegar hasta el salón del que estaba segura procedía la música que ahora se oía con mayor claridad.

Al fin, vio luz, lo que le extrañó. Pronto, el olor a cera quemada llegó a su olfato. Se acercó a la puerta que daba al salón por detrás de la gran escalinata. De pronto, un chillido largo y agudo como un puñal atravesó su cráneo, de oído a oído.

Se quedó quieta como una estatua, no supo si pasaron segundos u horas.

Cuando recuperó la movilidad de su cuerpo, tuvo un deseo instintivo de retirarse, mas su curiosidad la empujó hacia adelante, buscando la protección de los espesos y ajados cortinajes. Entonces, entre las sombras, pudo ver con claridad.

Descubrió a un grupo de personas, hombres y mujeres, que no vestían nada; su desnudez era completa y absoluta.

Sus cuerpos eran hermosos, sus cabellos, abundantes. Eran casi una veintena, y entre ellos sólo iba vestida una mujer, de aspecto avejentado,

Frente a ella había un altar y sobre él, un cuerpo que Ava no pudo ver bien, por su posición; sólo veía que por un extremo de aquella especie de altar caía sangre al suelo.

La vieja, con su voz cascada, voceó palabras ininteligibles para Ava, palabras que semejaban un conjuro satánico.

Las velas gruesas, en número de siete, eran sostenidas por los que allí estaban desnudos, presenciando el conjuro, seres iluminados por la luz de aquellas velas, que daban a todo un aire fantasmagórico, máxime por el color que tomaban los rostros con el humillo que brotaba de las velas rojas. El aspecto de las caras contrastaba con la belleza de los cuerpos. Ava no llegó a pensar que debían estar pasando frío, un frío que ella notaba con estremecimientos instintivos.

La vieja se adelantó, dejando atrás el pequeño altar, del que seguía goteando sangre.

Ava Bryan observó entonces que todos llevaban unos anillos parecidos y, en cambio, no utilizaban reloj.

Cuantos arropaban a la conjurare repitieron algunas de las frases que Ava no lograba entender, pese a conocer varios idiomas. , .

No consiguió averiguar de dónde brotaba la música que colaboraba a dar un aire más espectral y siniestro a la ceremonia que, ya no le cabía duda alguna, era una misa satánica. .

Dos hombres se aproximaron a la vieja de rostro casi repugnante, y comenzaron a desnudarla; la ropa fue cayendo al suelo.

Ava contemplaba como fascinada aquel ritual. Jamás hubiera asistido a ninguno de ellos, en el caso de que la invitaran opinaba que se trataba de estupideces colectivas donde se reunían locos mesiánicos, paranoicos con cansina v gentes de escasa o nula voluntad, que se dejaban dominar por los que poseían un alto poder de sugestión v tampoco faltaban los curiosos. Sin embargo, ahora estaba allí, casi tocando a los participantes de la ceremonia.

Unos pocos pasos que recorriera sigilosamente bastarían para mezclarla entre ellos, sin que se dieran cuenta, debido a la escasa luz de las velas y al humillo que estas despedían. El olor también era fuerte y acre, molestaba, podía decirse que era hedor más que olor.

Cuando la vieja que parecía ser centro de la ceremonia quedó desnuda, con sus manos manchadas en sangre, extendidas hacia adelante y arriba, siguió clamando y suplicando, con extrañas palabras, que Ava no conseguía descifrar en absoluto.

A unos cuatro o cinco pasos de la gran escalinata, la vieja dobló sus piernas y cayó de rodillas al suelo, con los muslos separados.

Los que portaban las velas rojas entonaron un canto lúgubre era como si imitaran al ulular del viento.

De pronto, la vieja transformó sus suplicantes letanías en gritos cascados de júbilo, mirando hacia la escalinata. ,.

Ava que no acertaba a comprender lo que sucedía, moviéndose con sigilo, buscó una mejor posición y entonces pudo ver a una serpiente negra descendiendo por el centro de la escalera. No era un reptil excesivamente grueso, pero sí tenía un largo de más de dos metros.

La bestia descendía sin prisas, con la cabeza alta. Sus ojos grandes y almendrados fulguraban en rojo. La vieja, arrodillada, desnuda como los demás, aguardaba a que la serpiente se le acercara.

Ava estaba a punto de gritar. No podía soportar la visión de aquella serpiente, de aspecto maligno, aproximándose lentamente a su víctima que, sin embargo, la esperaba con ansia, como si fuera su amante.

Todos se arrodillaron. Era evidente que adoraban a aquel reptil, y la vieja, temblándole el cuerpo, gritó con fuerza:

—¡Chammaday, Chammaday!

Aquella fue la única palabra que quedó claramente grabada en la mente de Ava, que vio cómo la serpiente se introducía por el arco de las piernas de la vieja, arrodillada. Después, ascendió por la blanca, esquelética y pellejuda espalda de la vieja, que temblaba y jadeaba como si estuviera viviendo,

sufriendo y disfrutando a un tiempo el más violento de los orgasmos.

La serpiente seguía deslizándose sobre el cuerpo ajado que había invocado su presencia.

Pasó por encima del hombro, le rodeó el cuello en un completo abrazo y la cabeza del reptil pasó lamiendo la nuca de la mujer. Volvió a salir hacia el frente del cuerpo de la mujer, que seguía temblando de emoción.

La serpiente separó su maligna cabeza del rostro de la vieja, apenas un palmo, quizá dos, y se encaró con ella.

—¡Chammaday, Chammaday! —gritó de nuevo la vieja, añadiendo otras palabras que a Ava pudieron parecerle hebreo antiguo.

De súbito, la bestia se inclinó hacia abajo y lanzó su boca contra el vientre fláccido de la vieja, mordiéndola. La mujer lanzó un grito que resonó en todo el caserón, y los demás asistentes cantaron a coro, vivamente excitados. Agitaban las velas en sus manos, mas no se atrevían a abandonar su posición, postrados de rodillas.

Ante los ojos atónicos de Ava, que no participaba en el ritual, lo que estaba ocurriendo era increíble.

La serpiente seguía con sus dientes clavados en el vientre de la vieja, justo por encima del vello del pubis, mientras ella, sin cesar de estremecerse, se transformaba.

Su cabello dejaba de ser canoso para tornarse negro y abundante; los pellejos y arrugas desaparecían de todo su cuerpo, y las formas se redondeaban sensualmente. El rostro cambiaba por momentos, mientras el coro de cantos lúgubres era ahora un auténtico clamor.

Los ojos le escocían a Ava, que apretaba en su mano el mechero, mientras permanecía medio oculta contra las cortinas. De pronto, unos dedos oscuros, más parecidos a garfios o a las patas de un maligno arácnido, se acercaron al cuello de Ava por la espalda y la atenazaron.

—No, no, no...

Quiso gritar y la voz no salió de su garganta mientras, poco a poco, perdía el conocimiento, la sangre no llegaba a su cerebro. Quien quiera que fuese el que la había atenazado por la garganta, sabía muy bien dónde se hallaban las carótidas.

La joven quiso revolverse, mas no consiguió librarse de aquella presa, que la hundió en la oscuridad.

# CAPITULO III

Los largos trenes de carretillas iban de un lado a otro, algunos vacíos, otros llenos de maletas repletas de etiquetas y cargadas con ilusiones, con ropas íntimas, con souvenirs de París.

Una locomotora lanzó al aire el largo y prolongado silbato. Los vagones entrechocaron ligeramente y, tras una sacudida, la cabeza del tren avanzó por los raíles de hierro, alejándose de la Gare du Nord.

La gran estación tenía mucho movimiento de pasajeros. Abajo, en las duchas públicas, cuerpos blancos y negros se lavaban apresuradamente mientras otras personas hacían cola para quitarse de encima el sudor del viaje.

Viajeros de todos los puntos cardinales se concentraban allí, emigrantes en busca de trabajo, aventureros y aspirantes a convertirse en ciudadanos del gran París, lo que les iba a costar sudor y sangre.

París era como una gran hembra, que semejaba aceptar propicia todo lo que se le inyectara en su vientre, pero luego hacía pagar muy caro a los culpables de aquella especie de violación: habitaciones sórdidas en los suburbios, metros atestados de gente, de sudor, de frustraciones.

A través del sistema megafónico, la voz advertía de las próximas salidas y llegadas.

Una joven rubia, alta y esbelta, se apartó de sus maletas y avanzó por el andén hacia las vías, en el preciso instante en que una locomotora hacía su entrada. No llevaba mucha velocidad, estaba frenado; sin embargo, ya no había remedio.

Una mujer gritó, y su grito se hizo chillido al agudizarse en la garganta cargada de espanto.

Un hombre joven, alto y fuerte, se lanzó como si fuera un jugador de rugby, placando a su adversario. Jugándose la vida, saltó por el aire y atrapó a la joven por la cintura.

Ambos se lanzaron al otro lado de la vía, mientras la locomotora pasaba lamiéndoles las piernas.

La mujer seguía gritando; a decir verdad, resultaba difícil saber si la pareja había quedado destrozada por las ruedas del tren o había salido indemne de la situación.

El conductor de la locomotora hizo silbar su máquina para llamar la atención, pero no se había puesto nervioso; no debía ser la primera vez que veía un cuerpo bajo las ruedas del monstruo de hierro que conducía.

Rechinaron los frenos de las ruedas, los topes telescópicos se comprimieron, y al fin todo quedó quieto.

Dos empleados saltaron entre vagones, mientras la chica abría los ojos y se encaraba con el hombre joven que acababa de salvarla.

El desconocido poseía un cabello castaño oscuro y ojos color café. Llevaba un grueso bigote y una barbita recortada que no le avejentaba y sí le daba un

aire intelectual.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

—¿Por qué quería matarse?

—¿Matarme?

La exclamación fue tan expresiva, que al hombre no le cupo la menor duda de que la chica no sabía realmente lo que estaba haciendo.

—¿Cómo están? —preguntó un empleado de la estación, acercándoseles.

El joven se incorporó, y ayudó a la chica a levantarse.

—Bien, bien, por poco no nos salvamos.

—Tendrán que venir a la conserjería.

—¿No sería mejor que lo olvidásemos? —propuso el joven.

El funcionario de la estación movió la cabeza, vacilante.

—Ha habido varios testigos, la joven ha querido suicidarse.

—¿Suicidarme yo? Pero ¿qué dice? —inquirió ella, espantada.

El empleado observó, interrogante, al hombre de la barba recortada. Este se apresuró a decir:

—Ha sido un accidente, yo estaba cerca y he conseguido evitar que pasara lo peor.

—¿De veras no deseaba suicidarse, mademoiselle? —preguntó el funcionario, casi estúpidamente, pese a que el estaba acostumbrado a. ciertas reacciones histéricas, no en vano se hallaban en la estación del Norte del gran París.

—¿Yo? Jamás lo haría.

—No ha sido nada, nada —se apresuró a decir el joven.

—Pero ¿usted la conoce?

—Pues, claro. Vamos, Ava.

Ella, sorprendida al oírse llamar por su verdadero nombre por aquel desconocido que la había salvado de morir arrollada por el tren, aceptó:

—Sí, sí, vamos.

Pasaron al otro lado del tren. El joven recogió las maletas de la muchacha, abriéndose paso entre un grupo de personas, que asaetaban con morbosidad a Ava. Esta fue conducida hacia la salida de la estación ferroviaria, seguidos por un nutrido número de miradas curiosas.

El invierno era malo. Atardecía y no lloviznaba, pero el suelo estaba mojado ya. Ava, antes de rebasar los muros que separaban la calle del recinto de la estación, se detuvo. Se volvió hacia el joven y preguntó.

—¿De qué me conoce?

—De nada.

—¿Cómo sabía mi nombre?

—Porque lo he visto en su jersey, se le ha abierto la gabardina en la caída.

Ava se miró y comprobó que, efectivamente, llevaba su nombre bordado en el jersey.

—Es cierto, pero...

—Al otro lado de la calle hay un restaurante; cerca de las estaciones

siempre hay restaurantes. Creo que podremos cenar.

—Pero ¿quién es usted?

—Tutéame, me llamo Jules. Vamos,

La obligó a salir de la estación, y cruzaron el asfalto. Al poco, se vieron dentro de un restaurante, donde no había mucha gente, quizá por el precio elevado de sus menús.

—¿Quieres que veamos a un médico?

—¿Médico?

—Lo digo porque imagino que te habrás dado algunos golpes en la caída; ahora no los notas, pero debes tenerlos. La caída ha sido dura, y nos hemos dado contra los raíles de la otra vía,

Ava, sin mirarse a sí misma, buscando las pupilas color café del hombre, preguntó:

—Jules, ¿tú te has hecho daño?

—No, yo, no.

—Gracias. —Ocultó el rostro entre las manos, y se puso a sollozar silenciosamente.

—Mademoiselle, monsieur, ¿qué van a tomar? —preguntó la camarera, acercándoseles.

El hombre la contuvo con la mano y pidió:

—Primero dos brandys y consomé, después ya veremos. '

La camarera miró a ambos, pensando que debían ser una pareja que había reñido, y asintió con la cabeza, retirándose. Jules se atrevió a acariciar el cabello rubio de Ava Bryan, desde el otro lado de la mesa en que se hallaba.

—Tranquila, tranquila, todo ha pasado ya.

Jules comprendía primero la sorpresa de la joven, luego el desconcierto, y al darse cuenta de algo de lo que le había ocurrido, se desmoronaba, comenzando a sollozar.

El sollozo se hizo más suave y más lento hasta que desapareció. Jules puso al alcance de la muchacha un paquete de *kleenex*, ella tomó uno y se secó los ojos justo cuando la camarera reaparecía con los brandys. No era lo más adecuado para iniciar una cena, pero entendía que a la chica le hacía falta un trago para rehacer su moral.

Haciendo un esfuerzo para controlar su voz, Ava preguntó:

—¿Sabes por qué he llorado?

—Supongo que después del susto...

—He llorado porque no sé qué me ha ocurrido.

—Desgraciadamente, estas situaciones no son nuevas, nervios, amnesia temporal. ¿De veras no recuerdas nada?

Ella tomó la copa de coñac y la vació de un solo trago. Tosió ligeramente y luego pidió:

—¿Tienes un cigarrillo?

—Sí, claro.

Ambos comenzaron a fumar, Jules se bebió también su brandy. La

camarera sonrió, a ella le parecía que la pareja estaba haciendo las paces y se dispuso a llevarles el consomé calentito. Terminarían pidiendo una sopa de champagne, seguro. ....

—Lo más cercano que recuerdo es a ti encima de mí, junto al tren.

—Ha estado a punto de pillarte.

—Te has arriesgado por mí, ¿verdad?

—Digamos que volvería a hacerlo, por cualquier chica bonita o fea, no importa.

—Gracias, gracias otra vez. Lo que no entiendo es por qué he tratado de hacer algo tan horrible

—Si tú no lo sabes... ¿Casada?

—No, no.

—¿Novio?

—He tenido amigos, no soy ninguna niña, pero si te refieres a si he pasado algún problema de ese tipo, te diré que no.

—Tu acento no es de París. ¿Qué haces aquí?

—He traído a las gemelas.

—¿Qué gemelas?

—Las gemelas Lemoix. —De pronto, semejó recobrar parte de la memoria —. Es cierto, he llegado hoy o quizá ayer... ¿Qué hora es?

—Las seis y veinte de la tarde —le dijo Jules.

—Entonces, hoy será día tres.

—No, no —la corrigió él—, es día nueve.

—¿Nueve? No es posible.

—¿Por qué?

—Llegué como máximo ayer, y era día dos.

—Si quieres mirar mi reloj...

Ella miró el suyo propio.

—Es cierto, nueve.

—Algo no funciona, ¿verdad?

—Sí, me faltan siete días.

—Siete días son muchos días —objetó él.

—Aquí está el consomé —dijo la camarera, acercándose con los tazones.

Pensativa, Ava tomó la taza.

—Por favor, filete asado —pidió Jules—. ¿Te va bien, Ava?

—Sí, sí, con patatas fritas.

Jules no la molestó y la dejó comer. Era evidente que la joven recién salvada tenía hambre.

—¿De veras no recuerdas nada de los últimos siete días?

Ava se quedó como en blanco, pensativa. Al fin, como si hubiera llegado a una conclusión, dijo sencillamente:

—No.

—Conozco a un amigo psicólogo; si quieres, vamos a verle.

—No, no; un psicólogo, no, gracias.

—¿Tienes miedo?

Ella no rehuyó la mirada del hombre.

Permanecieron un rato en silencio, Jules la dejó meditar. Era evidente que la joven estaba totalmente desconcertada.

Cuando hubo terminado de cenar, musitó:

—Es extraño, pero no recuerdo nada de estos siete días.

—Déjame ayudarte, has hablado de unas gemelas.

—Sí, las gemelas Lemoix, Berta y Bárbara.

—¿Y adonde tenías que llevarlas?

—A la casa de su nuevo tutor; los padres de las niñas fallecieron en un accidente de automóvil. Han pasado un tiempo en el internado y ahora, según la orden del juez, había que entregarlas a su tutor.

—¿Y quién es su tutor?

—Second Chammad.

—¿Second Chammad, seguro?

—Sí, ¿por qué?

—Lo preguntaba sólo para asegurarme de que lo recuerdas bien.

—Sí, lo recuerdo, y volveré a su liceo.

—¿Ahora?

—Después de cenar.

—¿Y no sería preferible que llamases por teléfono?

—No sé el número.

—Has dicho que es un liceo, ¿no?

—Sí, el Lycée des Esprits.

—Un hombre un poco extraño, ¿no?

—Sí, es para personas adultas. Yo dejé a las niñas allí y luego...

—¿Tenías que quedarte con ellas?

—Sólo unos días, hasta reemprender mi regreso.

—Eres maestra, ¿verdad?

—Sí, me enviaron al cuidado de las gemelas, y tenía unos días libres para estar en París; después debía regresar.

—Tengo un pequeño apartamento, si quieres puedes quedarte en él hasta mañana. Palabra que no hay doble intención. Si la hubiera te lo diría, y no es que no me gustes, sólo trato de ayudarte. Pienso que ahora, después de cenar, no es la mejor hora para ir a la mansión de Second Chammad, buscando tus siete días perdidos.

—Sí, quizá sea lo mejor, pero no tengo sueño.

—Mira, podemos hacer una cosa. Vamos a mi apartamento, dejas las maletas y salimos a ver un espectáculo ¿No deseabas pasar unos días en París como turista?

—Sí.

—Pues, esta noche, diversión loca, lo dice tu cicerone.

—Pero...

—¿Pero qué?

—¿Quién es mi cicerone?

Jules no respondió, pagó y salieron a la calle. El hombre señaló un Renault «5» blanco y dijo:

—Ese es mi cochecito, lo mejor para moverse en París.

El apartamento de Jules estaba en el *Boulevard des Italiens*, no lejos del hermoso edificio de la Opera. El piso era el tercero, y desde la ventana del saloncito se divisaba el boulevard.

Efectivamente era pequeño, con sólo dos habitaciones, y por sus paredes podían verse pinturas y dibujos,

—¿Lo has pintado todo tú?

—No, son de Colette.

—¿Tu compañera?

—No, simplemente una amiga.

—¿Y cada vez que viene te regala un dibujo o una pintura?

—No, no es como te imaginas, la verdad es que toma mi apartamento como almacén.

—¿Te has convertido en el soluciona problemas de todas las mujeres con que te encuentras?

—Tender una mano al prójimo es una buena máxima.

—¿Y no se molestará Colette, si viene y ve que has salido con otra chica?

—No, no se va a molestar, claro que no. Cuando quieras, salimos; te mostraré París, la nuit.

—Un momento, Jules —le atajó—. Aún no me has dicho quién eres ni qué haces.

—¿Tan importante es eso? ¿No te basta con que sea un hombre en tu destino que te tiende la mano?

Ava Bryan, que se sentía despejada como si hubiera dormido largas horas seguidas, decidió confiar en Jules. Tratar de acostarse en aquel momento para dormir sería una temeridad porque su mente comenzaría a rebuscar en su memoria lo ocurrido durante aquellos siete días perdidos.

Lo mejor era dejarse llevar por Jules, que parecía atento, jovial, aunque quizá había un algo de tristeza en sus profundos ojos.

# CAPITULO IV

Cuando Jules salió de su habitación, el apartamento olía a café recién hecho. La mesa estaba dispuesta para el desayuno, y por la ventana que daba al boulevard entraba un sol triste de invierno; no estaba nublado.

—Hum, esto está bien —aplaudió Jules.

—Vamos a desayunar —le dijo Ava, que se mostraba dinámica.

—Oye, ¿nunca duermes? —preguntó el hombre, sentándose a la mesa con el pelo revuelto y la cara sin lavar.

—Parece que llevo una sobrecarga de horas dormidas.

—Eres una chica estupenda. Si me acuerdo, compraré una pizarra.

—¿Una pizarra, para qué?

—La colgaremos ahí en la pared y, corno eres maestra, me enseñarás a hacer palotes.

—Tonto...

—No creas que bromeo, parece que soy un tipo de lo más subnormal. ¿Cómo entiendes, si no, que estando tú tan buena haya dormido solo?

Al ver que él ponía cara seria para decirle lo que acababa de escuchar, Ava se echó a reír.

—Eres imposible, Jules. Bueno, yo me iré.

—No tan aprisa, yo te llevaré.

—¿No tienes nada que hacer?

— Sí, pero hoy me toca el día de taxista de chica guapa.

—Eres un hombre afortunado, por poder disponer de tu tiempo como te dé la gana.

—Estoy de vacaciones, como tú.

—¿Vacaciones? —Quedó un momento pensativa— Tengo que regresar, pero antes he de recobrar lo perdido.

Jules, conduciendo el coche, se detuvo frente al *Lycée des Esprits*.

—Es muy lóbrego este caserón —comentó.

—Sí, se le va la luz y no tiene calefacción, por lo menos en la parte alta.

—No me gusta nada.

—¿Crees que estarán bien las niñas, las gemelas?

—Second Chammad es un hombre rico; si no lo fuera, no tendría este caserón con jardín, en pleno París.

—Bueno, eso no quiere decir mucho, hay gente que trata de sostener algo semejante a esta villa, y las deudas se los comen vivos.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, no hace falta.

La puerta que daba a la calle estaba cerrada. Ava comprobó que no cedía, y optó por llamar al timbre, esperando que no estuviera desconectado. Aguardó e insistió varias veces hasta que al fin apareció madame Artémise, acercándose a la verja. No tenía prisa, era como si supiera lo que iba a

encontrar.

—Mademoiselle Bryan, ¿qué hace usted aquí?

—He venido a ver cómo están las gemelas Lemoix.

—¿Las gemelas? La creía ya lejos de París, mademoiselle.

—No tardaré en irme, pero antes quería saber cómo están Berta y Bárbara.

—Pues, bien —respondió madame Artémise desde el otro lado de la puerta enrejada, sin hacer ademán alguno para abrirla.

—Es que quería verlas.

—No va a poder ser, están en clase.

—¿Con monsieur Chammad?

—¿Qué es lo que le ocurre, mademoiselle Bryan? Ahora las gemelas ya no son un problema de custodia para usted, están bajo la tutoría de monsieur Chammad; no entiendo a qué viene tantas preguntas.

—Es que, las niñas...

—No son tan niñas, tienen catorce años.

—Sí, pero...

—Vamos, vamos, no vuelva por aquí, mademoiselle Bryan- lo único que conseguirá el provocar nostalgias y males recuerdos en las chicas. En estos días ya se han acostumbrado a su nueva vida.

—¿Estos días? ¿Cuándo, cuándo fue que me marche?

—¿Qué le ocurre, mademoiselle, no recuerda que se marchó al día siguiente de llegar, quejándose de que la habitación no le gustaba y de que tenía frío?

—La verdad es que yo... —vaciló Ava. —No vuelva por aquí o monsieur Chammad se verá obligado a telefonear al internado. Además, ya veo que ha tenido buena compañía para no pasar frío estas noches en París —silabeó, mirando hacia Jules.

—Eh, Ava, ¿no te dejan pasar?

La joven regresó al coche. Jules salió de él para recibirla.

—¡Es una bruja! —bufó.

—Vamos, tranquilízate. ¿Crees que vas a conseguir algo, viendo de nuevo a las gemelas?

—No lo sé. Según ha dicho ella, hace días que me marché de la villa, dejando en ella a las gemelas.

—¿Y tú no lo recuerdas?

—La verdad, no. ¿Cómo puede producirse un vacio de esta clase, en la mente de una persona?

—Amnesia temporal; es un fenómeno más corriente de lo que parece. Una de las hipótesis es que hemos hecho o presenciado algo muy desagradable, y nosotros mismos corremos un telón para no recordarlo.

—¿Y nunca podré recordar?

—Sí, se puede recordar, en los casos de amnesia temporal, con la ayuda de un psicólogo o un psiquiatra. Se dice que nada, que nos ocurre es totalmente olvidado, ni siquiera en parte; queda sepultado en algún área de nuestro

subconsciente, y a ese fenómeno se le llama pantomnesia.

—¿Eres parapsicólogo?

—En París hay que ser un poco de todo para poder participar en las conversaciones de café. ¿Sabes que ésta es una de las ciudades del mundo donde se practican mas sesiones de espiritismo?

—Sí, algo de eso he oído.

—Somos mucha gente, y hay creencias para todos los gustos.

—¿Tú eres ateo?

—Mejor, un agnóstico. No niego las cosas por negarlas o por razonamiento teórico, creo en lo que sea demostrable, es decir, en lo que yo pueda comprobar.

—Vamos, que no crees en la supervivencia de los muertos, pero si al pasar por delante del cementerio saliera un muerto de su tumba, y le pidiera que le llevaras a la Tour Eiffel, creerías.

—Algo así.

—¿Y no le tendrías miedo?

—De momento, no le tengo miedo a lo que no creo posible, pero si algún día me encuentro con un muerto, una bruja, un espectro o el mismísimo diablo, ya veré cómo reacciono. De momento, no tengo prejuicios contra ellos.

—Hablas como si te lo tomaras todo a risa.

—No, si no me estoy riendo. Ahora, ¿adónde vamos?

—No sé, estoy desconcertada, Pienso que lo mejor será recoger mis maletas y regresar a Estrasburgo.

—¿Recluirte en el internado?

—Estoy contratada por un año.

—No eres francesa, ¿verdad?

—No. soy inglesa; mi madre sí era francesa, por ello he tenido facilidades de empleo y también de idioma.

—Telefonea al internado, y pide unos días más, di que no te encuentras muy bien.

—¿Por qué he de hacerlo?

—Si te vas sin esclarecer la verdad sobre esos siete días perdidos, no vivirás tranquila; si esa clase de problemas quedan en el subconsciente, a la larga pueden crear psicopatías.

—¿De verdad crees que me voy a volver loca?

—No, si me dejas que te ayude a buscar tus siete días perdidos.

Pese a la angustia que sentía, Ava sonrió. Avanzó su rostro y posó un beso suave en los labios de aquel desconocido que la había arrebatado de, las garras de ¡a muerte, cuando ésta se disponía a llevársela consigo.

# CAPITULO V

El gato era grande, mansurrón. Poseía una cara redondeada y sus patas almohadilladas caminaban con sensualidad sobre la tierra húmeda del parque.

Berta y Bárbara Lemoix lo descubrieron con agrado y sorpresa porque venía a cortar como un hachazo electrónico el aburrimiento que las invadía.

—Está gordo y lustroso —comentó Berta.

—¿Arañará?

—No creo. Biss, biss, minino, biss, biss...

Se agachó y alargó los dedos, como si fuera a darle comida. El gato maulló ligeramente y avanzó hacia Berta que cuando lo tuvo al alcance de la mano le acarició el lomo, de suave y agradable tacto, lo que pareció gustar al animal.

—¿Será de monsieur Chammad? —preguntó Bárbara.

—Si está en el parque que pertenece al liceo, debe ser suyo.

—A lo mejor ha saltado de la casa vecina.

—¿Y qué más da? No le hemos hecho ningún daño, y parece que tiene deseos de caricias; se sentirá solo como nosotras.

—¿Por qué Ava se marcharía tan de repente, sin avisarnos?

—Ya oíste a madame Artémise, dice que no quería despedidas sensibleras.

—¿Y por qué no vuelve monsieur Chammad?

—Madame Artémise dijo que estaba de viaje, parece un hombre muy ocupado.

Bárbara, poco convencida, insistió:

—Si está de viaje, ¿cuándo da las clases en el liceo?

—Esto no es un colegio para niños, es un liceo para gente mayor, y vienen cuando quieren; ya has visto que el aula es un saloncito,

—Un saloncito, con pizarra y matemáticas que ni tú ni yo comprendemos. No entiendo bien lo que quieren aprender —objetó Bárbara.

—Amplían su cultura, tonta —le replicó Berta, que seguía acariciando al lustroso gato que pasaba su mirada de una a otra con preocupación, como si el animal no estuviera muy seguro de lo que estaba viendo, al hallarse frente a dos jovencitas exactamente iguales.

Las niñas seguían hablando.

Los días pasados en aquel caserón se les habían hecho largos, eternos. Monsieur Chammad les había impresionado, ambas habían hablado mucho de él y de lo guapo que les había parecido; por ello se habían "desilusionado cuando madame Artémise manifestó que se había marchado de viaje.

—Madame Artémise no me gusta nada, se parece un poco a la directora del internado.

El gato desvió sus pupilas de las muchachas. Estas, al darse cuenta de que el animal fijaba sus grandes ojos verdosos en otra dirección, se volvieron y miraron hacia allí.

—¡Monsieur Chammad! —exclamó Berta, sin poderse contener, pero en

tono bajo, casi ahogado.

La figura oscura, de elevada estatura, se arropaba del frío invernal de París con un abrigo de paño negro ceñido al cuerpo, muy elegante, y que a la vez daba la sensación de aumentar su estatura.

Las miraba sonriendo con frialdad, con los ojos fijos, como si en su cerebro estuviera bullendo algo.

A las dos gemelas les atraía extraordinariamente aquel personaje singular que parecía estar muy por encima de ellas, aquel hombre de rostro perfecto o casi perfecto, cabello abundante y con la plata de la madurez en sus sienes.

Se les acercó despacio, sin prisas. Las gemelas ya no miraron al gato, que se había quedado muy quieto, como si quisiera convertirse en una estatua del parque, y que nadie se fijara en él.

—Buenas tardes, Bárbara, Berta.

—Monsieur Chammad —le saludó Berta, más activa que su hermana—, creíamos que estaba de viaje.

—Y así es, acabo de regresar —dijo, él, consciente de que las dos muchachitas se encantaban con el azul claro de les ojos que él poseía, unos ojos que, sin embargo, helaban.

Eran unos ojos que semejaban mirar mucho más allá de donde se posaban.

—¿Se volverá a marchar? —preguntó Bárbara.

—Sí.

—¿Cuándo?

—No lo sé aún, mi pequeña Bárbara.

Berta cogió al gato entre sus brazos, y lo levantó, preguntando después:

—Ya no iremos más a la escuela, ¿verdad, monsieur Chammad?

—No, si os referís a una escuela de niñas. En adelante, seré yo o algún discípulo mío quien os dé lecciones.

—¿Qué es lo que nos enseñará, monsieur Chammad? —preguntó Berta.

—Cosas, cosas que nadie os ha enseñado aún. Estáis bajo mi protección porque así lo dispusieron vuestros padres, y os convertiré en mis discípulas, pero todo se hará con el tiempo. No se pueden digerir todos los conocimientos de una sola vez, hay que asimilarlos progresivamente.

—Papá y mamá no nos habían hablado nunca de usted —comentó Bárbara.

—Pues podían haberlo hecho; ellos vinieron a mi liceo y les enseñé las cosas que desconocían.

—¿Tú sabías que papá y mamá iban a la escuela? —preguntó Bárbara a su hermana.

—No, no.

—Geometría, matemáticas, historia, muchas cosas se pueden aprender en mi liceo, sólo hay que estar ya predispuesto para tomar las clases que yo mismo doy.

—¿Y cuándo vienen los alumnos? —preguntó Berta.

—Cuando yo doy clase.

—¿Y si usted está de viaje?

—Ellos lo saben oportunamente. Poseéis la encantadora edad de la curiosidad, supongo que os habrán enseñado a ser buenas.

—Sí, monsieur Chammad —contestaron al unísono.

—¿Sabéis que las personas no son buenas ni malas si no una mezcla de ambas cosas?

—Sí, sí lo sabemos —respondió ahora Berta—, pero tratamos de portarnos bien, siempre.

—Y cuando os portáis mal, ¿qué sentís?

Las dos se quedaron un poco perplejas, y se miraron entre sí. Berta, que seguía sosteniendo el gato, respondió:

—Vergüenza y deseos de no volver a portarnos mal.

—Es lógico que sintáis vergüenza porque así os lo han ensenado. Habéis sido educadas para convertiros en borregas de vuestra civilización; no tenéis que molestar, y otros se lucrarán o gozarán a vuestra costa.

—No le entendemos, monsieur Chammad —musitó Bárbara.

—Sí. Hay que tomar lecciones, tenéis que aprender muchas cosas aún — les dijo, sin dejar de sonreír con frialdad.

Una mujer adulta habría observado que la hermosura de aquel hombre era demasiado fría y estereotipada pero las gemelas, carentes de amor y de familia, estaban predispuestas a ver en él sólo lo bello, lo hermoso lo protector.

Ambas habían soñado ya con él, viéndose cogidas de la mano y llevadas a través de países exóticos en largos y coloridos viajes, y no sintiéndose precisamente niñas entre los brazos de aquel hombre alto y delgado que poseía una personalidad que las subyugaba.

—¿Os gustan los vestidos hermosos?

—Sí —asintieron ambas, casi al unísono.

—¿Os gustan las piedras preciosas como las esmeraldas, los rubíes, ¡os diamantes y las perlas'

—Sí.

—¿Os gustan los palacetes llenos de luz, con grandes tiestas, en las que vosotras seríais las agasajadas, las asediadas por los hombres más apuestos y ricos?

—¡Sí! —rieron ambas, mientras el gato continuaba quieto, sin apartar sus ojos del enigmático monsieur Chammad.

—¿Os gustan los viajes hacia países desconocidos, alojándonos en los palacios de los reyes, de las princesas, de los embajadores?

—Claro.

—Pues todo lo que os he dicho y mucho más, como yates, grandes riquezas y fama, sólo lo consiguen los seres que aman más al mal que al bien.

—Es una broma, ¿verdad? —preguntó Bárbara.

—No, no es una broma —respondió el hombre, tajante—. La bondad es la resignación del individuo, que deja que sean los demás quienes gocen y disfruten de todo lo bueno de este mundo. La perversidad es saber sonreír

mientras se está haciendo daño, mientras se está robando, mientras alguien mata por orden nuestra.

—¿Usted hace todo eso para poder viajar y tener cosas grandes?

—A mí no me hace falta todo eso; y yo les enseño cómo conseguirlas.

Berta, asombrada, interrogó:

—¿Enseña a la gente a ser mala?

—Les educo para que consigan sus apetencias, pero es largo de contar, y todo no se puede aprender de una sola vez; claro que os podría hacer un ejemplo práctico.

—¿Cuál? —preguntaron las dos a la vez.

—Veamos, ¿qué desearías?

Las gemelas se miraron entre sí, coma interrogándose.

—¡Un poney para montarlo! —exclamó Berta.

—Bueno, a mi me gustaría ir a los grandes almacenes La Fayette, mamá me hablaba mucho de ellos, y poder comprar un vestido, el que más me gustara.

—Un momento, un momento, esto es sólo un ejemplo práctico, digamos que va a ser vuestra primera lección.

—¡Yo lo he dicho primero! —exclamó Berta.

—Un vestido vale menos que un caballo —le reprochó Bárbara.

—Aguardad, aguardad. —Monsieur Chammad miró a Berta y le ordenó—: Deja al gato en el suelo.

La niña obedeció.

—¿De veras nos dará lo que pedimos? —presunto Bárbara.

Monsieur Chammad, sin dejar de sonreír en todo momento, con aquella sonrisa fría y maliciosa, hundió sus dedos largos por el interior del abrigo, y los sacó provistos de un puñal de doble filo, un puñal de bella empuñadura, pero sin cruz, al estilo árabe, aunque la hoja era recta

—Está muy afilado. La que quiera que su deseo quede satisfecho, deberá tomarlo.

—¿Para qué? —preguntó Bárbara.

—Para matar al gato.

Ambas retrocedieron instintivamente. El hombre soltó una carcajada que semejó hallar eco entre los troncos de los árboles del parque que arropaban el oscuro caserón.

—Sólo es un gato, y no se va a mover; yo le he mirado a los ojos, y le he ordenado que se estuviera quieto. Vuestra reacción es muy normal, pequeñas, tenéis muy arraigado el sentido del bien, y no será fácil que podáis conseguir las cosas bellas del mundo, las riquezas, la fama.

—Pero matar al gato que no nos ha hecho nada. —protestó Bárbara, decepcionada.

—Todo lo que se consigue, requiere un esfuerzo. Yo no os obligo a nada, sólo os estoy enseñando cómo satisfacer vuestros deseos. La que quiera conseguir su petición, que tome este puñal y mate al gato.

—Se está burlando de nosotras, ¿verdad, monsieur Chammad? —inquirió Bárbara.

Antes de que monsieur Chammad respondiera, Berta se adelantó y tomó el puñal entre sus manos. Miró al gato, que seguía en tierra, con los ojos muy abiertos, mirando al hombre que decía educar para el mal y la perversidad.

Berta se inclinó sobre el felino. Empuñó la daga y le tembló la mano. Cerró los ojos y asestó el golpe notando la vitalidad del animal a través de la hoja que se clavaba en su carne.

El maullido fue largo, penetrante. Bárbara se tapó los ojos y Berta siguió con los párpados cerrados, sin soltar la empuñadura del puñal, mientras el gato chillaba como negándose a morir.

Bárbara se echó a llorar, y Berta abrió los ojos despacio. El gato había dejado de vibrar y de chillar.

—Ya está.

Había un temblor en los labios de Berta; no quería mirar a su víctima, el pobre gato, que seguía con la daga hundida en el cuerpo.

—Recupera el puñal —le ordenó monsieur Chammad.

Berta estiró hacia arriba y sacó la hoja del cuerpo del felino, que quedó tendido, goteando sangre.

—Ya está.

—Limpia la hoja con tu pelo.

—¿Con mi pelo? —se asombró.

—Sí, con tu pelo.

—¿Por qué?

—Cuando se comete un acto de perversidad, debe ser con toda la conciencia de lo que se está haciendo. Si tu víctima muere, has de manchar tu cuerpo con su sangre, si es posible.

—¿Y me dará el caballo?

—Limpia el puñal primero.

Berta cogió un mechón de su cabello y limpió la sangre del puñal con él. Luego, se lo devolvió a monsieur Chammad y cuando lo hacía, se escuchó un relincho que hizo que las dos muchachas volvieran la cabeza.

El poney de pelaje oscuro apareció entre los árboles como si hubiera estado esperando su momento de entrar en escena.

—¿Es el poney que he pedido? —interrogó Berta, incrédula.

—Sí, es tuyo.

Berta corrió hacia el caballo y le sujetó la cabeza, acariciándole el cuello mientras su hermana la observaba a distancia.

—En otro momento, tú también puedes conseguir lo que desees —le dijo monsieur Chammad.

Bárbara replicó, airada:

—¡Es usted el diablo, el diablo!

—No le he hecho ningún daño a tu hermana; ella quería el caballo y ya lo tiene. ¿No es lo que deseaba?

—Mira, Bárbara, mira qué hermoso. —Y le mostró el poney.

—No es difícil hacer el mal que se nos pide para conseguir lo que deseamos a cambio, si soltamos las fuerzas que sujetan los instintos.

—¡ Yo no lo hubiera hecho, yo, no!

—Ahora estás nerviosa, Bárbara. Cuando de verdad desees algo, llámame, aunque no me veas. Yo te oiré, acudiré a tu lado y te escucharé para satisfacer tus deseos. No lo olvides, Bárbara. Ah, tengo un trabajo para vosotras, un trabajo para que no estéis desocupadas; espero que os guste.

Berta, sin atreverse a montar al caballo, lo cogió por las bridas y lo acercó a su hermana y al dueño del caserón.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Berta más dispuesta, importándole ya muy poco el cuerpo del gato tendido en el suelo, con un charquito de sangre alrededor.

—Vamos, Berta, sube a tu poney —le invitó monsieur Chammad.

Cogiéndola por la cintura, la elevó en el aire y prácticamente la colocó sobre la silla.

La muchacha, excitada, se sonrojó al notar las manos del hombre sobre su cuerpo joven, que despertaba a la sexualidad.

—¡ Mira, Bárbara, mira cómo anda! —gritó Berta.

Bárbara miró a su hermana que parecía loca de contento sobre el caballo.

Cuando buscó de nuevo a monsieur Chammad, éste había desaparecido, tan misteriosamente como llegara.

A lo lejos, se vio otra silueta oscura, era madame Artémise, que se acercaba a ellas con actitud decidida, como dispuesta a darles órdenes.

# CAPITULO VI

Ava abandonó el apartamento de Jules, en ausencia de éste, tras intentar, sin éxito, hablar por teléfono con monsieur Chammad en el *Lycée des Esprits*.

Un taxi la condujo a la calle donde se ubicaba el extraño y lúgubre caserón y, desde un lugar prudencial, se dispuso a dejar pasar el tiempo, observando la verja cerrada. De encontrarla abierta, se hubiera arriesgado a introducirse en el parque.

No quería marchar de París sin volver a ver a las gemelas. Estaba segura de que sus siete días perdidos tenían que ver con Berta y Bárbara.

Jules le había advertido que corría el riesgo de que su mente enfermara si dejaba enterrados en su subconsciente aquellos seis días desaparecidos de su vida, y de los que no recordaba nada en absoluto.

No creía lo que le había dicho madame Artémise de que ella se había marchado de la casa tan tranquilamente. Ava sólo recordaba la noche pasada en la casa, es decir, la cena; después, todo era una incógnita hasta que Jules había aparecido en su vida, salvándola de quedar despedazada bajo las ruedas de un tren, en la Gare du Nord.

Su desconcierto mental era grande y, de no ser por la ayuda de Jules, no sabía qué hubiera pasado con ella, aún salvándose de las ruedas del tren.

¿Era toda su vida el volver al internado de Estrasburgo? Se había dicho que no, que lo primero era su estabilidad psíquica y que, como le había dicho Jules, no podía dejar encerrados en su subconsciente los días perdidos.

Comenzó a lloviznar, y abrió su paraguas de plástico transparente. Estaba dispuesta a montar guardia frente al Lycée des Esprits hasta que algo la iluminara, hasta que encontrara un cabo al que agarrarse, y poder comenzar a desenredar el ovillo del misterio que la envolvía.

Pasaron casi tres horas. Sus pies estaban helados, toda ella estaba aterida. Seguía lloviendo, y no veía un bar cerca para ir a recuperar fuerzas, con un café bien caliente.

Un automóvil de color azul claro se detuvo junto a la acera, cerca de ella. Una mujer asomó su hermoso rostro por la ventanilla.

—¡ Mademoiselle Bryan, mademoiselle Bryan! Quedó perpleja al sentirse interpelada. Si conocía su nombre, tenía que ser por un motivo importante, no podía ser una casualidad porque Ava casi no conocía a nadie en París. Se acercó.

—¿De qué me conoce? —preguntó, titubeando un poco.

—¿Quiere ver a monsieur Chammad?

—Sí, sí, claro.

Ava miró al hombre que estaba al volante; tenía un rostro agradable, aunque escondía sus ojos tras los cristales ahumados de unas gafas, pese a que no había sol que pudiera molestarle.

—¿Van a entrar en el liceo?

-—Sube —pidió, tuteándola, la mujer del interior del coche, abriendo la portezuela.

Ava, con los pies helados, conteniéndose para que sus dientes no castañetearan, cansada de esperar y con deseos de hablar con monsieur Chammad, subió al coche, cerrando su paraguas.

Agradeció el calor de la calefacción del vehículo. La mujer que la invitara a subir era rubia, de cabellos largos. Toda ella irradiaba sensualidad y era muy hermosa, aunque resultaba más que difícil calcular su edad. Se mostraba muy cariñosa y a Ava le sorprendió su actitud.

—Es un ser magnífico, monsieur Chammad —observó ella.

—Así me lo parece, pero me temo que usted le conoce mejor que yo.

—Seguro, le conocemos hace tiempo.

El auto se alejó de la calle cuando Ava hubiera preferido que se introdujera en el caserón.

—¿Y dónde lo encontraremos?

—En el club —dijo ella con desenfado.

Ava suspiró levemente; después, preguntó:

—¿Han estado hace poco en el liceo?

—Hace dos días, pero hablamos por teléfono.

—¿Han visto a las gemelas?

—¿Te refieres a esas dos jovencitas que se parecen entre sí como dos gotas de agua?

—Sí, sí, son Berta y Bárbara.

—Una preciosidad de niñas.

—¿Se encuentran bien?

—Sí, claro, las vi muy contentas.

—¿Cómo, cómo —dudó Ava—, cómo se llama usted?

—Por favor, querida, tutéame. Me llamo Juliet.

—Y yo. Edmond —dijo el hombre que conducía el coche por las calles de París, mientras la tarde caía con rapidez.

—Mi nombre es Ava.

—Querida, no tienes acento de París —opinó Juliet.

—Es que no soy de aquí. ¿Y cómo sabían que yo deseaba ver a monsieur Chammad?

—Ah, querida, nosotros sabemos muchas cosas.

—¿Eres la hermana de las dos gemelas? —preguntó Edmond, sin volver la cabeza, mirando, de vez en cuando, a través del espejo retrovisor.

—No, no, yo soy maestra.

—Como eres tan joven, querida. ¿Verdad, Edmond? Joven y hermosa.

—No tanto como usted, Juliet.

—Por favor, por favor, de tú, de tú.

Siguieron hablando, y Ava no supo por dónde rodaba el automóvil en el que viajaba. Hubiera deseado hacerles .más preguntas, pero Juliet tomaba la iniciativa y resultaba muy habladora. Ava se dejó ganar por su simpatía y,

cuando el vehículo se detuvo frente a un parking subterráneo, Ava quedó perpleja, pues ignoraba dónde estaba.

Se levantó la barrera del parking, y el automóvil descendió, internándose en el recinto subterráneo.

El aparcamiento era grande, y descendieron a una subplanta. Había allí otros coches estacionados, pero nadie deambulando por el parking, saliendo de su auto o recogiéndolo,

—Hemos llegado. ¿De veras no conoces íntimamente a monsieur Chammad? —preguntó Juliet, que no cesaba de hablar

—Pues no. pero me pareció un hombre muy interesante.

—Lo es, lo es.

Se dirigieron al ascensor, y se introdujeron en él. Edmond, que se arropaba con un abrigo de piel de zorro de gran precio, pulsó el botón del quinto y último piso.

La cabina se elevó con rapidez, y comenzaron a pasar puertas. Ava se sentía como emparedada entre Edmond y Juliet, que sonreían abiertamente.

Al fin, el ascensor se detuvo y empujaron la puerta, que era de madera, cristal y enrejado metálico.

En el rellano sólo habla una puerta hacia la que se dirigieron. Edmond pulsó el timbre y aguardó. Al poco, se abría la puerta y una mujer con vestido de fiesta y una copa en la mano, les abrió. Estaba al borde de la carcajada, y sus ojos brillaban.

—Hola, llegáis un poco tarde. Pasad, pasad. Hum, ¿quién es esta chica tan bonita?

Acercándose a Ava, la cogió por la cabeza y la besó sonoramente en ambas mejillas. Aquella mujer olía a alcohol.

Entraron en lo que llamaban el club, y fue entonces cuando Ava descubrió que Edmond llevaba un anillo muy singular. Juliet y la mujer que la había besado, y que parecía medio borracha, también lo llevaban.

Aquel lugar de reunión era espacioso, y poseía unas puertas de alto dintel. Las paredes estaban cargadas de pinturas que Ava ignoraba si eran autenticas o reproducciones, pero parecían de calidad. En todas ellas habla motivos de erotismo, de culto a la belleza, a la juventud del cuerpo humano, y en algunos, más atrevidos, podían verse escenas propiamente sexuales.

Eran cuadros de las más diversas tendencias y estilos, y uno de ellos, oriental sin lugar a dudas, le impresionó Representaba a una mujer tendida, con un pulpo encima, con los tentáculos entre sus piernas y el vientre. Parecía algo maligno, y la mujer semejaba entrar en un violento orgasmo.

Pasaron a una estancia más amplia y. de pronto, todo fue distinto.

No había luz eléctrica, si no luz de velas Olía acre y todos los que allí estaban, como en una reunión cualquiera, bebían, charlaban, pero estaban desnudos.

Ava Bryan parpadeo» como si estuviera viendo visiones. Aquella amplia sala donde había grandes butacones y sofás, que casi parecían triclinios

romanos, no tenía ventanas sino cuadros grandes, cuadros que ocupaban las paredes, mal iluminadas por velas, colocadas en candelabros de pie o de sobremesa.

—¿Qué es esto? —balbució, volviéndose para encararse con Juliet.

Ni Juliet ni Edmond estabas ya a su lado, y se sintió como desvalida. Ella era la única persona vestida en toda la amplia sala del club donde, al parecer, nadie se fijaba aún en ella.

Despacio, como temiendo hacer algún ruido que pudiera atraer la atención general hacia ella, se volvió, acercándose a la puerta por la que creía haber entrado en la amplia sala.

Estaba cerrada. Puso su mano sobre la pesada manecilla y abrió, encontrándose con algo insólito, increíble.

Frente a ella había una pared, la argamasa sobresalía entre los ladrillos como si no se hubieran preocupado de quitar los sobrantes, mientras se levantaba el muro. Para cerciorarse de que no estaba soñando, la palpó y hasta llegó a golpearla con el puño.

Efectivamente, era una pared sólida y seca. No era una pared reciente, aunque por otro lado nadie hubiera tenido tiempo de levantarla, en los pocos segundos que había tardado en regresar a aquella puerta, después de haber cruzado el: umbral.

—Querida, ¿un cigarrillo?

Se volvió con brusquedad, había reconocido la voz de Juliet. Estaba frente a ella, ofreciéndole una pitillera de plata, abierta. No era una actitud extraña, pero... Juliet estaba totalmente desnuda como los demás.

—¿Por dónde, por dónde ha entrado?

—¿Por dónde va a ser, querida? Toma, fuma un cigarrillo y te iré presentando a la gente. Todos somos muy amigos, tenemos mucho en común.

—¿El anillo?

—Sí, el anillo astrológico. —Juliet se miró la mano y sonrió—. Tú eres la única que no lo tiene, pero todo llegará, si de verdad lo deseas, querida.

Juliet se puso un cigarrillo entre los labios, lo encendió y lo pasó a la boca de Ava, que no supo cómo rechazarlo. Volvió a mirar hacia los ladrillos, pero Edmond acababa de cerrar la puerta, y estaba tan desnudo como los demás.

Ava empezó a sentir miedo. Chupó el pitillo, como si buscara algo dónde sostenerse, como si el humo que luego expulsaría por las ventanillas de su nariz pudiera protegerla.

—i Amigos, escuchad todos! Aquí está mademoiselle Ava Bryan, es inglesa.

Hubo inclinaciones de cabeza, exclamaciones, ligeras sonrisas y ojos que recorrieron su cuerpo, como si ella también estuviera desnuda.

—Preferiría marcharme —musitó en tono bajo, suplicante.

—Por favor, Ava, dentro de poco vendrá monsieur Chammad. Tú quieres hablar con él, ¿no es cierto?

—Sí, Pero...

—¿Qué te sucede, querida, no has estado nunca antes en un club de nudistas? —le preguntó Juliet, riendo, provocativa.

—No me gusta esto, me siento incómoda.

—Eso pasa al principio —le dijo Edmond—. Bebe un peco de champaña.

—No, no quiero beber nada —replicó Ava, refugiándose en el cigarrillo.

—En aquel sofá podemos seguir charlando hasta que llegue monsieur Chammad, es nuestro protector y maestro —le explicó Edmond—. Todos los que estamos aquí, le debemos mucho.

—Sí, mucho —corroboró Juliet.

—Pero, es que...

No pudo impedir que la llevaran hasta el sofá. Ava se sentía como cogida en una trampa que la envolvía. Su deseo era correr hacia la puerta y escapar, pero detrás de la puerta sólo había ladrilles.

—¿Cómo, entonces, había entrado ella en el salón, cómo habían regresado Edmond y Juliet, después de desnudarse? Vigilaría, sí, vigilaría por si alguien más llegaba e se marchaba.

Tenía que haber una puerta secreta en alguna parte, quizá tras una cortina o de la estantería equipada con pesados y antiguos libros. Se sentó en el sofá.

—¿Por qué no te desnudas tú también, querida? Así no te sentirás tan incómoda, serás como los demás.

—No, no, yo no —se resistió Ava.

—Fue un gran hallazgo encontrar a monsieur Chammad Me habían hablado de él, siempre hay alguien que te habla de él, claro que hay que conocerle. ¿Cuántos años crees que tengo? —le preguntó Edmond.

—No sé. ¿Es importante?

—¿Por qué no? ¿Cuántos años crees que tengo? —insistió, sonriente.

—Veintisiete, veintiocho...

—Te has equivocado de unos pocos. He cumplido ya los ochenta y siete. —Rió abiertamente, satisfecho de sí mismo.

—No le veo la gracia al chiste —objeto Ava.

—Es que no es un chiste, querida. Yo tengo setenta y tres, y aquí los hay con muchísima más edad —le objeto

Ava se sintió mareada. A Juliet era difícil calcularle la edad, pero viendo su cuerpo desnudo y por la aterciopelada tersura de su piel, no se le podían echar más de veinticinco años.

—¡Basta yal ¿Por qué tratan de burlarse de mí?

—No, si no queremos burlarnos. Gracias a las enseñanzas y a la protección de monsieur Chammad somos así.

Ava los examinó con más detenimiento; tenía miedo de que sus ojos le estuvieran jugando una mala pasada.

Entonces sobre el vientre de Juliet, justo por encima del vello pubiano, descubrió unas cicatrices pequeñas y oscuras; eran como las huellas de una mordedura. Aquello le recordaba algo, y no sabía a ciencia cierta el qué.

Pasó su mirada a Edmond y, aunque con más dificultad, pues poseía más

vello, descubrió que también tenía la misma señal. Desvió sus ojos hacia otra mujer que estaba cerca, igualmente joven y hermosa, y también mostraba la marca, aunque la luz de las veías, la irritación de sus ojos y el humillo que flotaba en la estancia, no le dejaban estar segura de nada.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó, cuando comenzaba a sentirse débil, como flotando sobre algo, notando cómo sus pies perdían fuerza, pese a hallarse sentada.

—Los discípulos y protegidos de monsieur Chammad —le contestó Juliet.

—¡Quiero marcharme! —exclamó, poniéndose en pie bruscamente, intuyendo que se hallaba en algún lugar maligno y pervertido, algún lugar desconocido, donde su mente confundiría lo real con lo irreal, donde las dimensiones en el espacio podían inducir a error.

Al mismo tiempo, tuvo la sensación de que la cabeza se le ensanchaba, como si el cerebro no le cupiera dentro. Era una sensación muy desagradable, al tiempo que las figuras que se reían de ella se estilizaban, se hacían más alargadas y el suelo semejaba inclinarse.

—¡Quiero irme ! —gritó, con fuerza.

Su voz rebotó contra los lienzos, y volvió apagada a sus oídos. Dentro de su cráneo pudo escucharse a sí misma: «¡Quiero irme, quiero irme, quiero irme!».

Entonces, comenzó a sonar una melodía, que tenía acordes de música árabe o judaica, quizá de Oriente. Ava no la reconocía, pero sí sentía que se filtraba en sus venas como una droga.

—¡Danza, danza, danza! —comenzó a pedir una voz de mujer.

—¡Danza! —pidieron todos, a coro.

—¡No, no, no! —se negó.

Corrió y la sala pareció ensancharse, haciéndose enorme. Cuantos allí estaban se alejaban y volvían a acercarse. Sus rostros dejaban de ser hermosos, y se tornaban horribles, avejentados, repugnantes.

Dos mujeres se le acercaron, y comenzaron a desnudarla. Ava quiso rebelarse, mas sólo conseguía gritar en su mente porque su cuerpo no le obedecía.

Cuando notó toda la desnudez. La empujaron y, para evitar caerse, se movió. Fue el inicio de una danza que hizo que su cuerpo se agitara con temblores visiblemente sensuales. Vibraba su vientre, sus senos, sus caderas, pese a que ella quería detener aquella danza que la embriagaba más y más mientras risas y rostros espectrales la cercaban.

—¡Grita, llama a Chammaday, llama a Chammaday! —gritaron todos, mientras la música sonaba.

Ava comenzó a doblarse hacia atrás como si hubiera clavado las plantas desnudas de sus píes sobre el suelo marmóreo. Su cabellera caía hacia atrás y cuanto más y más se inclinaba, como transformado su cuerpo en un puente humano, el cabello casi llegó al suelo.

Sus pechos apuntaban al techo, y todo su cuerpo, de suave y blanca piel, se

agitaba mientras los ojos, los labios, los senos y otras partes de su cuerpo, le ardían como si en ellas hubieran volcado carbones encendidos.

—¡No, no! —gritó con fuerza.

Sintió que muchas manos la recorrían. Su mente se fue nublando, el calor cedió y comenzó a sentir frío, mucho frío.

# CAPITULO VII

Lo que en principio les había hecho gracia, ahora no terminaba de gustarles.

Bárbara y Berta tenían que ocuparse de una especie de guardería, de criaturas cuya edad debía oscilar entre los seis y los veinticuatro meses de vida. La estancia era espaciosa, pero carecía de ventanas, y en el techo había lámparas que daban luz normal, radiación ultravioleta e infrarrojos, de modo que podían estar bien.

Las cunas se hallaban colocadas junto a las paredes y Bárbara y Berta se repartían el trabajo de limpiar y alimentar a los bebés. Madame Artémise les había ordenado que cuidaran de ellos, que aquella sería su labor y que ella les iría vigilando.

Las gemelas preguntaron de quién eran aquellos niños, y madame Artémise respondió que eran los hijos de las discípulas de Monsieur Chammad y que él en persona había ordenado que ellas dos se ocuparan de atender a los bebés.

A las dos jovencitas les gustó el encargo hasta que comenzaron a limpiar las heces de las criaturas pero se resignaron y se repartieron el trabajo.

Berta se había quedado dando el alimento a todos ellos, uno por uno, y cuando ninguno lloraba, ignoraba per qué motivo, y le parecieron muy satisfechos y bien alimentados, abandonó la sala-guardería.

Subió por las escaleras y llegó al salón ya que la guardería, sorprendentemente, estaba en el sótano muy profundo, a juzgar por los treinta peldaños que accedían a él.

Sabía que le estaba prohibido subir por la gran escalinata. La miró con deseos, pero se contuvo. Pasó junto a ella y fue hacia las escaleras de caracol, subiendo al cuarto que tenían en la buhardilla, pero allí tampoco encontró a su hermana.

—¡ Bárbara, Bárbara! —llamó.

Golpeó la puerta del aseo, sin obtener respuesta. Abrió y tampoco la vio. Se encogió de hombros, y volvió a bajar por las escaleras de caracol, dirigiéndose a la cocina. Allí encontró a madame Artémise.

—¿Dónde está Bárbara? —preguntó abiertamente a la severa y hostil mujer.

—Ha salido.

—¿Salido, quiere decir fuera de la finca?

—Sí.

—¿Y adonde ha ido?

—No lo sé.

Berta sintió una punzada de celos. Bárbara había salido del caserón, y a ella ni siquiera se lo habían propuesto.

—¿Se ha ido con monsieur Chammad?

—Sí.

Berta quería mucho a su hermana, mas no consiguió dominar sus celos, unos celos en los que no había pensado antes. Ambas se habían sentido atraídas por monsieur Chammad, al que consideraban guapo y elegante. ¿Por qué se habría marchado con Bárbara?

Muy molesta, abandonó la cocina, saliendo directamente al parque.

Rodeó la casa y fue hacia los establos, transformados en cochera, aunque todavía eran utilizables para guardar caballos. Allí estaba el poney de pelaje negro, un animal que se había convertido en el refugio de Berta; lo había estimado desde el primer instante. Era el mejor regalo de su vida, y se había propuesto olvidar de qué forma lo había conseguido.

Entró en el establo. Había poca luz, pero sí la suficiente para poder acercarse al poney, al que descubrió tendido sobre la paja.

—¿Qué te pasa, perezoso? —le preguntó.

Se encaró con el animal, viéndole entonces la boca abierta, la lengua salida y amoratada, y los ojos abiertos.

Berta se quedó quieta primero y luego chilló hasta aturdirse, hasta que le dolieron las sienes y los oídos.

El poney estaba ensangrentado. En su vientre tenía hundido un tridente de hierro, que debía tener puntas afiladas, a juzgar por las heridas del animal, que debía haber sufrido varias acometidas de aquel tridente que servía para recoger la paja. El caballo habría tenido una muerte muy desagradable.

Berta, no queriendo ver la cabeza del poney, al que ya se le habían vidriado los ojos, salió corriendo del establo. No olvidaría en su vida aquella cabeza con la lengua amoratada fuera, de costado, y un cordón de sangre saliéndose por las comisuras.

Ya en el exterior, cayó arrodillada sobre la tierra, con el cuerpo inclinado hacia delante, y comenzó a llorar sonoramente.

—¿Por qué, por qué?

Estuvo mucho rato llorando, sin que nadie se le acercara para ver lo que le ocurría hasta que de sus ojos dejaron de manar lágrimas; sus lagrimales se habían secado.

Sintiéndose sin fuerzas, desamparada, regresó a la cocina, allí no estaba ya madame Artémise. Permaneció unos instantes quieta, sin saber lo que debía hacer. Salió al pasillo y, al llegar al salón, se encontró de frente con su hermana Bárbara, que vestía maravillosamente.

—¡Berta, Berta, mira qué vestido más bonito! Nunca has visto nada igual, ¿verdad? Lo hemos comprado en las galerías La Fayette, ¿verdad que es un sueño?

Berta comenzó a temblar, viendo a su hermana, que parecía otra, con aquel vestido que incluso la hacía más mayor y realzaba su belleza juvenil.

—¡Tú, has sido tú, tú! —bramó.

Berta se lanzó sobre su hermana, con verdadera rabia. Hundió sus dedos en el escote y comenzó a estirar del vestido, haciendo saltar botones, rasgándolo

como podía.

—¡Déjame, déjame! ¿Qué te pasa, qué te pasa? —gritó Bárbara.

Las dos hermanas, inmersas en una pelea que no tenía nada de juego, cayeron al suelo. Bárbara se defendía y Berta, con uñas y dientes, hecha un auténtico basilisco, se dedicaba a destruir el hermoso vestido de su hermana.

No se detuvo hasta que lo hubo conseguido, y no sólo se había roto el flamante vestido, sino que ambas tenían huellas de arañazos y golpes. Aquella era la primera vez que las dos hermanas se peleaban en su vida.

Viendo destrozado su vestido, sentada en el suelo, magullada, Bárbara buscó los ojos de Berta y musitó:

—¿Por qué, por qué lo has hecho?

—¿Por qué? —Repitió Berta, bailándole los ojos de cólera—. ¡Lo sabes muy bien! ¡No te quiero, te odio, te odio!

Se alejó corriendo, dejando a su hermana con su alegría tan destruida como el propio vestido.

No muy lejos, como una sombra entre las sombras, monsieur Chammad sonreía, satisfecho.

# CAPITULO VIII

Ava abrió los ojos, y se encontró envuelta en una suave penumbra. Hubo de parpadear repetidas veces, antes de conseguir aclarar su visión, y pudo ver un rostro que reaccionó en seguida, un rostro que le sonreía.

—¡Jules!

—Hola, Ava. ¿Cómo te encuentras?

La muchacha se percató entonces de que se hallaba en una cama de clínica.

—¿Qué me ha ocurrido?

—Que sigues viva.

—Pero ¿qué ha pasado? —insistió.

—Acabas de salir de una pulmonía. Hoy en día, una pulmonía en una persona joven y sana como tú, no es grave; están los antibióticos, aunque se pasan unos días malos', unos días con fiebre muy alta, en los que has permanecido inconsciente. Pero ya has salido de la crisis.

—¿Tan Grave he estado?

—He dicho que no es grave, pero sí era grave en el momento en que fuiste encontrada.

—No recuerdo...

—Si hubiera nevado, no te habrías salvado, pero sólo llovía, aunque era una lluvia muy fría, lluvia de invierno. La policía recibió un telefonazo, suponen que llamó una furcia del Bosque de Bolonia.

—Si no te explicas mejor —objetó Ava con voz débil, dándose cuenta de que sólo tratar de levantar la cabeza le producía vahídos.

—AI recibir la llamada, un patrullero se trasladó al Bosque de Bolonia; era de noche y llovía. Tú estabas desnuda, tendida en él y bajo la lluvia. Naturalmente, fuiste recogida y trasladada a esta clínica.

—¿Desnuda, de noche bajo la lluvia?

—Sí.

—Dios mío, qué vergüenza.

—Los primeros análisis revelaron que estabas drogada.

—Sólo faltaba la droga...

—Sí, pero un análisis más en profundidad ha indicado que no eres en absoluto drogadicta. Posiblemente, la policía te interrogará; debes decirles quién te proporcionó la droga.

—No lo sé, no recuerdo nada.

—¿Otro tiempo perdido? —preguntó Jules, amigable, sin reproches.

—Dios mío, ¿qué me sucede, me estaré volviendo loca?

—El psiquiatra también te visitará. No temas, sólo será una visita de trámite, nadie aquí cree que estés loca, ni mucho menos. Tu caso es aparentemente sencillo: una chica joven y hermosa, que ha sido drogada y luego abandonada a su suerte, desnuda bajo la lluvia.

—Jules, Jules, ¿tú sabes todo lo que han dicho los médicos que me han

atendido?

—Casi.

—¿Además de drogarme, me habían, me habían...?

—¿Violado?

—Sí. —Y cerró los ojos para esperar la respuesta.

—No, no has sido violada, tranquilízate.

—Gracias, Dios mío, gracias.

—Lo que te sucedió, lo averiguaremos, no te atormentes ahora. Descansa, estás muy débil, pero yo creo que estás perfectamente bien de la sesera. —Le apretó la mano con un gesto amistoso.

Entró una enfermera para administrarle una inyección, y Jules se despidió de Ava, diciéndole que volvería pronto. La joven volvió a dormirse, y su sueño fue más tranquilo y reposado. Efectivamente, había salido de la crisis.

Se despertó, y le sirvieron un consomé ligero y algo de pescado. Ava no tenía hambre, pero se alimentó. Volvió a dormirse y, al día siguiente, al despertar, se encontró frente a una mujer, de rostro sereno y cabellos grises.

—Soy la doctora Arbois.

—¿Psiquiatra?

La doctora sonrió levemente para luego asentir.

—Sí, ¿te asusta?

—No, no, claro que no.

—Si te hago algunas preguntas, ¿me responderás con sinceridad?

—Sí, ¿por qué no habría de hacerlo? Usted no puede decir a nadie lo que yo le cuente, ¿verdad?

La psiquiatra sonrió.

—Así es, pero me temo que la policía también te hará preguntas. Querrá saber qué hacías en el Bosque de Bolonia, desnuda y drogada bajo la lluvia, en mitad de la madrugada. . —Pues, no lo sé.

—¿Habías tomado alguna droga antes?

—No, jamás.

—¿Ni por probar?

—No, me repugna sólo la idea.

—Te creo, conozco a muchos drogadictos y sé diferenciar. Además, están los análisis de tu sangre y orina. No eres una drogadicta, y no hay huellas de pinchazos en tus venas ni en ninguna parte de tu cuerpo, porque hay drogadictos, especialmente chicas, que para no ser detectadas buscan lugares recónditos de su cuerpo para inyectarse.

—Y a mí me han revisado toda, ¿verdad?

—Sí, pero, afortunadamente para ti, no ha sido una autopsia. La policía te encontró antes de que fuera demasiado tarde, podías haber muerto de frío. Por la mañana, el agua de la lluvia se transformó en agua-nieve.

—¿Y usted qué cree que me ocurrió, doctora? —No soy yo quien ha de decirlo, sino tú.

—Es que yo no recuerdo nada.

—Es lógico que no recuerdes mucho, estabas drogada. Fue a través de un cigarrillo.

—¿Un «porro»?

—Bueno, no uno vulgar, a juzgar por el efecto que te hizo.

—¿Entonces?

—Los que consideran que tienen poco con un cigarrillo de hash, le añaden una pincelada de aceite de hashish e incluso, si previamente ha sido humedecido parte del cigarrillo, entonces se convierte en un explosivo para el que nunca ha probado la droga.

—¿Es lo que me hicieron fumar a mí?

—Posiblemente. No se encontró el cigarrillo, pero tú, pese a la lluvia, tenías huellas en la boca, por ejemplo.

—Yo no hubiera comprado nunca ese cigarrillo.

—El primero no suele comprarse, lo regalan. Alguien tuvo que ponerlo en tus labios. Por cierto, ¿has intentado suicidarte en alguna ocasión?

—¿Suicidarme?

—Sí. Eres extranjera aquí, puedes sufrir una depresión, y las depresiones empujan a decisiones trágicas.

—No se me hubiera ocurrido jamás suicidarme de esa manera, quedándome desnuda en la noche y bajo la lluvia helada.

—Sí, sería una forma un poco rara, pero alguien sí pudo pensar que dejándote allí bajo la lluvia, al día siguiente estarías muerta. La droga, la lluvia, el frío, la desnudez, la noche, todo se unía para hundirte en una lipotimia que te habría llevado a la muerte.

—¿Cree que alguien pudo desear que yo muriera de forma que pareciera suicidio o el accidente de una drogadicta?

—Sí y me temo que eso es lo que piensa la policía.

Ava Bryan aún no había hecho el esfuerzo de intentar recordar, y no se entregó totalmente a la doctora psiquiatra.

Por la tarde, llegó un comisario de policía, muy paciente y oliendo fuertemente a tabaco, que a boca de jarro le preguntó:

—¿Quiere presentar una denuncia contra alguien?

—¿Yo, denuncia?

—Sí, es obvio que la drogaron y la dejaron allí para que se enfriara. Si no llega a ser por una «encochadora»...

—¿Encochadora? —repitió, sin comprender.

—Sí, una de esas fulanas que hacen el coche. Disculpe, sé que usted no es de esas clase, mademoiselle Bryan. Su gabardina, con los documentos, la encontramos sobre su cuerpo. En realidad, se la puso la mujer que la encontró, a ella le debe la vida.

—Me gustaría darle las gracias.

—No creo que lo consiga nunca, no se dejó identificar. Lo que no encontramos fue el resto de sus ropas.

—¿Cree que me las quitaron?

—Se debieron quedar en el lugar donde la drogaron. Fueron unas lesbianas, ¿verdad?

—¿Lesbianas? —se asombró Ava, desconcertada.

—En casos parecidos al suyo, las mujeres son violadas y, si no lo fue, es porque eran mujeres. ¿Tiene amigas digamos especiales?

—Lo único que recuerdo es que fui a un club, y allí me dieron el cigarrillo.

El comisario, ahora interesado, preguntó:

—¿Qué club?

—Pues, no lo sé, no conozco bien París. Me llevaron allí dos personas.

—¿Quiénes eran ellos?

—No lo sé.

—¿Y por qué se fue con ellos, si no los conocía?

—Yo estaba esperando ver a monsieur Chammad, y ellos me dijeron que estaría en el club.

—Monsieur Chammad, ¿eh? —sacó un cuaderno de notas y escribió en él.

—Del Lycée des Esprits. Yo dejé allí a dos hermanas, a las gemelas Lemoix, bajo su tutoría.

—De acuerdo, de acuerdo. Y esas dos personas, ¿cómo eran?

—Jóvenes, muy agradables. Me dijeron que me llevarían hasta monsieur Chammad.

—¿Y le vio a él?

—No.

—¿Cómo era el club?

—Era en un piso, aparcamos en el parking subterráneo.

—¿Sabe en qué distrito?

—No, no recuerdo nada, nada.

El comisario se marchó dos horas más tarde. Cuando ya cabalgaban hacia la noche, apareció Jules, sonriente.

—¿Cómo se encuentra la diosa del Bosque de Bolonia?

—Ok

—No bromees.

—Han llamado de Estrasburgo, interesándose por ti.

—¿Has sido tú quien les ha dado la noticia?

—Sí, me permití mirar entre tus papeles, y pasar el aviso.

—¿Les has contado lo que me ha ocurrido?

—Sólo que te mojaste y has cogido una pulmonía.

—Gracias, Jules, yo no" sabría cómo explicarme.

—No te hagas demasiadas ilusiones, es posible que la policía sea menos discreta.

—¿Crees que irán al internado a hacer preguntas sobre mí?

—Casi seguro, pero el agente que lo haga será del propio Estrasburgo; no sabrá nada de lo ocurrido aquí, salvo que le han ordenado la diligencia.

—Jules, ¿cuándo saldré de aquí?

—Pronto.

—¿Cuándo es pronto?

—Mañana o pasado, si te vienes a m¡ apartamento, dispuesta a reponer fuerzas.

—Gracias, Jules, sácame de aquí.

No sabía bien por qué, pero confiaba en Jules. El la había salvado de las ruedas del tren; ahora, ella quería abandonar la clínica, se encontraba bien y ya sólo era cuestión de recuperación.

—Pero tendrás que prometerles a los médicos que vas a descansar y que no cometerás más locuras; bueno, no quería decir locuras exactamente.

—Te entiendo, Jules, te entiendo. ¿Ha ido estos días Colette por tu apartamento?

—¿Colette? —Jules ensombreció su rostro, pero no tardó en reaccionar—. No, no ha venido.

—¿Te gustaría que hubiera ido?

—¿Por qué hablar de Colette ahora?

—No sé. Si voy a tu apartamento, quizá sea un estorbo para vuestros encuentros.

—¿Estorbo? No, no temas. Ahora tengo que marcharme.

Jules se le acercó y le dio un beso en los labios, que Ava agradeció. Cuando volvió a abrir los ojos, que había cerrado, Jules ya no estaba.

Ava había comenzado a recordar, y tenía miedo de sumergirse en alguna pesadilla que le recordara aquel misterioso club, donde la gente iba desnuda, donde todos eran jóvenes y hermosos, pese a que decían ser viejos, donde llevaban el anillo que entregaba monsieur Chammad a sus discípulos. Y por encima del vello pubiano, todos tenían la marca de una mordedura extraña.

Aquellos seres eran perversos, estaba segura de que lo eran, y sintió un miedo atroz frente a ¡a noche que estaba segura; iba a ser larga, muy larga.

De pronto, se abrió la puerta, y unos ojos se clavaron en ella, observándola fijamente.

# CAPITULO IX

El automóvil se adentró por el parque, rodeando la casa, y se detuvo junto a la cocina. Después, paró el motor.

De su interior salió una mujer hermosa y elegante, alta y esbelta, con una figura femenina apropiada para exhibirse en un escenario lujoso del París, la nuit.

En su mano portaba un anillo astrológico, idéntico a los que lucían los discípulos avanzados de *Lycée des Esprits*...

Dio la vuelta al coche, abrió el maletero y de su interior extrajo un cesto alargado. Cerró la tapa y se dirigió a la puerta de la cocina, donde se encontró con una de las gemelas.

—Hola, querida ¿Tú eres Berta o Bárbara?

La jovencita miró al cesto y, en vez de responder, inquinó:

—¿Es un niño?

—No hagas preguntas y dile a madame Artemisa que la estoy esperando.

La jovencita no pareció muy convencida, pero se encogió de hombros. Al poco, acudió madame Artémise.

La niña había salido al parque, y se dedicó a observar a través de un cristal de la ventana. Pudo ver cómo de la cesta sacaban a un niño que fue entregado a madame Artémise. A cambio, ésta le dio a la mujer un fajo de billetes que a la recién llegada debió de parecerle muy bien porque los juntó y se los guardó en un bolsillo del abrigo.

La chica corrió a esconderse porque observó que la mujer que parecía acabar de vender a la criatura abandonaba la cocina para dirigirse de nuevo a su coche. Lo puso en marcha y salió del parque.

La niña se quedó fuera, un rato, y luego se adentró en el caserón, descendiendo al sótano. Sabía muy bien donde estaba la guardería porque se turnaba con su hermana para cuidar a los pequeños.

—Hola, Berta —saludó, al llegar abajo.

—Hola —respondió su hermana, a regañadientes.

Entre las dos gemelas se había creado una animosidad que no había existido ames.

—¿Cuál es el niño que acaban de traer?

—Es niña —corrigió Berta, que seguía sentada.

Bárbara examinó las cunas, y se detuvo frente a una de ellas, preguntando:

—Es ésta, ¿verdad?

—¿Y qué importa?

—Nada —Bárbara se encogió de hombros—, ¿Sabes que no son los hijos de las discípulas de monsieur Chammad?

—¿Ah, no, de quién son, entonces?

Bárbara volvió a encogerse de hombres.

—No sé, pero madame Artémise compra las criaturas con dinero.

—¿Que compra los bebés? Anda ya, no seas idiota.

—¡Yo lo he visto, So he visto con mis propios ojos!

—Mientes.

—¡No miento!

—Mientes. ¿Para qué querría comprar madame Artémise los bebés?

—No lo sé, pero lo ha comprado, yo lo he visto, y, si no quieres creerme, no lo hagas.

—A madame Artémise no le gustan los niños, ni siquiera llama a un médico, cuando están enfermos.

—Sí, ya lo he visto, los cura ella con sus mejunjes, sólo se llevó uno, y no lo volvió a traer.

—Dijo que lo había devuelto a su madre.

—Para mí que esas mujeres tan elegantes que llevan el anillo de alumnas avanzadas, roban los niños y luego se los venden a madame Artémise,

—¿Que roban los niños, qué tonterías dices?

—Sí, lo he pensado v lo creo. Roban los niños para vendérselos a madame Artémise, que los paga muy bien.

—¿Y a quién se los iban a robar?

—No sé, pero yo creo que los roban y los traen aquí porque madame Artémise los compra.

—¿Te atreverías a decirle eso mismo a madame Artémise?

—Si se lo digo, ¿qué nos haría?

—No nos puede echar a la calle; después de todo, ella sólo es una empleada de monsieur Chammad.

—Una empleada en la que él confía plenamente. Además, si los niños se quedan aquí, puede ser porque a monsieur Chammad le gusten.

—¿Los niños?

—¿Por qué iba a tenerlos en su casa, si no? O quizá sean suyos.

—Tienes la imaginación desbocada. Anda, déjame sola, tenso que darles el biberón. Creo que, cuando sea mayor, no seré niñera ni enfermera, palabra,

—¿Qué harás entonces?

—Si tu no fueras tan perversa conmigo, me habría gustado cantar v bailar en un musical contigo, París tiene muchos locales donde poder bailar y cantar, y, siendo gemelas, pues...

—¡La perversa eres tú!

Bárbara se alejó del sótano. El caserón daba impresión de hallarse solitario, y la muchacha se fijó en la escalinata. No había subido aún por ella; madame Artemisa se lo había prohibido expresamente.

Bárbara miró a un lado v a otro, y al fin se decidió a subir por la escalinata. Lo hizo por el centro, pensando en el vestido que le había destrozado Berta, y se imagino a si misma subiendo por la escalinata con aquel maravilloso vestido.

Peldaño a peldaño, fue ascendiendo y, cuando llego a lo alto, se volvió para mirar al salón. Se preguntó si algún día bajaría por una escalera como

aquélla, con un vestido que dejara a la gente boquiabierta.

Se apartó de la escalera y su curiosidad le hizo fijarse en una puerta de madera, muy sólida. Estaba tallada en bajo relieve, pero apenas podía verse, debido a la escasez de luz.

Bárbara se acercó a la puerta, como atraída por una fuerza magnética. Despacio, aproximó su mano al pomo. Hizo presión hacia abajo, y la pesada puerta cedió.

Un fuerte olor acre, también a azufre y otros aromas extraños para Bárbara, se metieron dentro de su nariz, con fuerza.

Un candelabro de pie, con una única y gruesa vela, iluminaba la habitación, porque era una alcoba en la que se podía oír la respiración profunda de alguien que dormía.

Tuvo el impulso de retirarse, pero su curiosidad pudo más, y siguió avanzando, adentrándose en aquella alcoba que olía tan fuerte y que permanecía iluminada por el velón de cera roja, que humeaba y debía hacer mucho que estaba encendida porque el humillo flotaba cerca del techo, formando como nubes suaves.

Lo que en realidad deseaba encontrar Bárbara era a monsieur Chammad, del que se había enamorado, en su ilusión de adolescente. Era un hombre guapo, y su perversidad manifiesta no parecía haber afectado a la muchacha.

Llegó hasta las cortinas de gasa, que no dejaban ver lo que había en la cama, y apartó la tela con los dedos. Se encontró con algo que la desconcertó totalmente, bloqueando su sistema nervioso.

Había quedado quieta, como si se tratara de una estatua, mientras allí, sobre la cama, enroscada, había una serpiente negra, larga y suficientemente grande como para producirle un pánico atroz, un pánico que la inmovilizó.

La serpiente acababa de despertar e irguió su cabeza, enfrentándose a Bárbara, clavando en ella sus ojos rojizos, unos ojos que quemaban y helaban a la vez, unos ojos que dominaron a la niña, que no pudo ni gritar, pero sí comenzó a temblar frente al reptil que oscilaba frente a su rostro, a unos dos palmos de él.

* * *

El comisario Senoir se enfrentó con la puerta de hierro de Lycée des Esprits. Al observar que estaba cerrada, hizo rodar un poco más el vehículo y lo detuvo junto a la acera.

Se apeó y anduvo hacia la entrada, iba a pulsar el timbre cuando empujó la puerta casi sin querer, y ésta se movió un poco. Apartó la mano del timbre, y optó por empujar la puerta, que cedió.

Se introdujo en el parque y subió por el camino que conducía a la casa. No obstante, el comisario Senoir vigilaba, no fuera a salirle algún perro guardián. Tenía algunos malos recuerdos de estos animales, pero no se escuchó el más mínimo ladrido, por lo que siguió adelante.

El caserón le pareció viejo y lúgubre. Sus paredes estaban recubiertas en gran parte por un telón de hiedra. Llegó al atrio y subió a él.

Miró en derredor, y se enfrentó con la puerta. Pulsó el timbre, pero nadie respondió. Aguardó un minuto, quizá más, y tuvo la impresión de que se hallaba en un caserón abandonado. Le extrañó, porque sus referencias eran que funcionaba como liceo de cultura, al que acudían personas adultas para ampliar sus conocimientos,

No es que tuviera demasiados alumnos, funcionaba más como un club cultural, aunque como liceo tenía los permisos en regla, desde hacía mucho tiempo. Más de un siglo hacía que el rótulo fuera colocado en la entrada, por lo que supuso que había habido sucesión en la propiedad y dirección del centro.

Asió el pomo de la puerta, y ésta también cedió. Era extraño, en París había muchos ladrones y, si encontraban tantas facilidades, acabarían dando un disgusto en aquel liceo.

El vestíbulo estaba en la penumbra. Avanzó por él, adentrándose en el salón, espléndido por espacio, pero no por luz ni decoración. El comisario observó en todas direcciones, mientras avanzaba. Frente a él estaba la gran escalinata.

—¿Hay alguien aquí?

Casi se llevó un susto al ver una figura oscura y delgada, una figura siniestra.

—¿Qué quieres?

—Áh, creí que no había nadie. He estado llamando al timbre y...

—Lo he oído, peso no he podido venir antes.

—¿Usted es la que está al cuidado del liceo?

—¿Quién es usted?

—Soy el comisario Senoir.

El agente de la Ley mostró su identificación, lo que no pareció afectar poco ni mucho a la mujer, que dijo:

—Yo soy madame Artémise, y estoy al cuidado del liceo. No son horas de estar abierto, por eso no ha encontrado a nadie.

—La verdad es que sólo quería hacer algunas preguntas.

—¿Qué desea la Ley del Lycée des Esprits? Todo está en regia.

—Sí, sí, todo está en regla, pero una mujer ha tenido algunos problemas. ¿Es cierto que trajeron aquí a dos gemelas, llamadas Berta y Bárbara Lemoix?

—Sí.

—¿Qué sabe usted de mademoiselle Ava Bryan?

—Que estuvo aquí, y dejó a las gemelas a cargo de su tutor; después se marchó. Supongo que ya debe estar de regreso en Estrasburgo.

—Pues no, no está en Estrasburgo. Por lo visto, sufrió un desagradable incidente.

—¿Qué clase de incidente?

El comisario la miró a los ojos. Madame Artémise no era de las que

bajaban la vista, y aguantó. El hombre, en vez de responder, preguntó a su vez:

—¿Dónde está monsieur Chammad?

—¿Para qué quiere verle?

—Quiero hacerle unas preguntas.

—Es una pena que no esté.

—¡Madame Artémise, madame Artémise! —llamó una voz juvenil.

La interpelada y el comisario se volvieron hacia la muchacha.

—¿Que sucede, es que no puedes esperar? —inquirió madame Artémise, con dureza.

—Es que los bebés...

—¿Bebés? —repitió el comisario. De pronto, gritó—: ¡Aaaaaaag!

Soltó el bolígrafo y el cuaderno, que cayeron al suelo mientras abría sus brazos. En medio del intenso dolor y la sorpresa, con los ojos muy abiertos, se volvió y tras él vio repetida la imagen de la muchacha, sólo que ésta tenía en su mano un afiladísimo y puntiagudo puñal.

—¡Grita, grita! —chilló la joven, mientras volvía a darle cuchilladas en el pecho, en el cuello, en el rostro.

La hoja se hundía en el cuerpo del hombre, v volvía a salir con una facilidad asombrosa, mientras la sangre ya resbalaba por su camisa y manchaba su chaqueta" v su abrigo, además de su rostro.

Quiso volver a gritar, pero ya no lo consiguió. Retrocedió, tambaleándose hasta que cavó al suelo, cosido a puñaladas.

—¡ Ya está, ya está!

—¡Bárbara, Bárbara! ¿Qué has hecho?

—¡ Matarlo como tú mataste al gato! ¡Me lo ha pedido monsieur Chammad, me lo ha pedido él! ¡Dice que, si le obedezco, me dará un anillo y seré mayor!

Madame Artémise iba a protestar, pero apretó los Sabios y no dijo nada. Berta se acercó a su hermana, como desquiciada por lo que había ocurrido, reprochándole:

—¡ Es un crimen, él no es un gato!

—¿Es que no conseguiste el caballo, siendo perversa?

Se echó a reír y luego comenzó a limpiar la hoja del cuchillo con su pelo, manchándolo de sangre.

En el suelo, el comisario Senoir, con los ojos abiertos, se desangraba, ya muerto, mientras las terribles carcajadas de Bárbara asustaban el silencio del caserón, escupiéndolo hacia la frialdad del exterior.

# CAPITULO X

—¿Sabes, Ava? —Jules llenó ¡a taza de café, que humeaba ; se había callado como si temiera perturbar la olorosa infusión—. He hablado con la doctora psiquiatra.

Ava, que se hallaba recostada en el sofá, con aspecto todavía débil, con el rostro pálido y estirado, mostrando las huellas de haber pasado una dura, aunque corta enfermedad, preguntó:

—¿Te ha dicho algo?

—No, no, la doctora no iba a revelarme confidencias propias de un tratamiento. Lo que sí me dijo es que tú no estabas ni mucho menos desequilibrada, pero que sí tenías problemas, que podían resolverse con un poco de ayuda, y que no querías colaborar con ella, quizá porque era psiquiatra.

—Tengo cierta aprensión hacia los psiquiatras —admitió la muchacha.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros mientras tomaba la taza que le tendía Jules, que se sentó a su lado.

—Yo no soy psiquiatra, y creo que puedo ayudarte.

—Ya estás haciéndolo. Sin ti, habría sido muy duro para mí.

—Lo imagino, pero si me contaras algunas cosas de las que sabes, sería más fácil llegar a alguna parte.

—¿Piensas que merece la pena llegar a alguna parte?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque tú estás muy interesada. Fuiste a buscar a monsieur Chammad.

—No fui a buscarlo.

—Por lo menos, a espiar su casa, lo sé.

—¿He hablado en mis delirios?

—Algo.

—¿Has pasado mucho tiempo a mi lado?

—Bueno, al principio no me permitieron estar contigo, pero me puse muy pesado, y tuve que mentir algo.

Ella fijó sus pupilas en Jules y preguntó:

—¿Y qué dijiste?

—Pues, pues...

—¿Qué eras mi novio?

—Que vivíamos juntos, que algún día nos casaríamos, y que éramos como marido y mujer. Debieron de creer que era un nuevo Lave Stury porque me dejaron. Yo, para redondear la situación, te llevé flores.

—Eres un canalla.

—¿Por tratar de velar tus sueños febriles? —preguntó, haciéndese el ingenuo.

Ella bebió la mitad del contenido de la taza y, mirándole casi de reojo, pregunto:

—¿Qué más dije?

—No me acuerdo.

—¡Mientes!

—¿Tan mal lo hago?

—Cuando uno delira, no es responsable de lo que dice.

—En esos momentos, habla el subconsciente que nos tortura y, cuando despertamos, el consciente reprime al subconsciente.

—¿Qué es lo que quieres que te cuente?

—Lo que sucedió.

—Ya lo dije; se lo expliqué al comisario y a la doctora en la segunda visita que me hizo.

—A mí no me lo has contado.

—Pues yo estaba esperando en la calle. Se acercó un coche con un hombre y una mujer, y me preguntaron si quería ver a monsieur Chammad. Respondí que sí, y me fui con ellos; dijeron que iban a encontrarse con él.

—¿Y a donde te llevaron?

—A un extraño club,

—¿Dónde está ese club?

—No lo sé. Me estuvieron hablando, y no vi por dónde me llevaban; además estaba la lluvia. Te juro que no sé dónde está,

—¿Y luego?

—Me dieron un cigarrillo y me mareé. Cuando desperté, ya estabas tú delante de mí.

—¿Por qué crees que te drogaron?

—No lo sé,

—Sí lo sabes,

—No lo sé —insistió ella.

—¿No será que te da miedo querer saber?

—No, no.

—¿No ocurrió nada más en el club?

—No, sólo que era extraño.

—¿Por qué dices que era extraño?

—Porque era un club de nudistas, y yo no había estado jamás en uno de esos clubs; me sentí muy violenta.

—De modo que un club de nudistas... ¿Y tú qué hiciste? i

—Nada, quise marcharme, pero detrás de la puerta sólo había una pared de ladrillos,

—¿Era realmente un club de nudistas? —insistió él, sin hacer referencia a lo que acababa de contar Ava, relativo a los ladrillos.

—No lo sé, pero no pude escapar.

—¿Por los ladrillos en la puerta?

—Sí. ¿No te parece absurdo?

—Cuando se está drogada, todo puede parecer absurdo,

—Es que en ese momento aún no había fumado la droga.

—Verás. Ava, yo he hecho algunas investigaciones por mi cuenta.

—¿Investigaciones, de qué clase?

—Pues, sé que estás muy interesada en monsieur Chammad, Tú crees que él tiene mucho que ver con tu amnesia temporal, con tus días perdidos.

—Sí, eso creo. Si lo hubiera visto, le habría preguntado.

—Monsieur Chammad es un personaje extraño. No frecuenta la alta sociedad de París y, sin embargo, hay mucha gente que le conoce, pese a que él se deja ver muy raramente.

—Parece que eso es cierto. Yo he tratado de verle, y esa madame Artémise no me lo ha permitido.

—Está bien, aceptemos que había una pared de ladrillos en la puerta. ¿Cómo crees que la colocaron?

—No lo sé, y yo buscaba a monsieur Chammad,

—¿Cuándo lo viste?

—En el Lycée des Esprits, y sólo un momento.

—Y tú crees que, en vez de marcharte al día siguiente de la villa, te retuvieron varios días hasta que te llevaron a la Gare du Nord...

—Sí, creo que sí; sólo cabe pensar eso.

—Y también eres que, después de drogarte, te llevaron al Bosque de Bolonia para que durmieras bajo la lluvia helada y te murieras.

—Sí, eso pienso.

—Y si no morías, cabría pensar que tienes una mente perturbada, con una clara tendencia al suicidio. ¿Sabes que estás al borde de que te encierren en una clínica psiquiátrica judicial?

—¿No será eso lo que pretenden?

—¿Quieres decir que desean que mueras o que te lleven a un manicomio?

—Es trágico, ¿no?

—Sí, sí lo es, pero ¿por qué ese interés en quitarte de en medio?

—Lo ignoro.

—Es posible que sepas algo que no quieren que divulgues; claro que, siendo tan perversos, si han hecho contigo lo que suponemos, podían haberte asesinado, sin más.

—Eso mismo me digo yo.

—También cabe la posibilidad de que no quieran que tu muerte cause problemas. Si aparecieras claramente víctima de un asesinato, la policía investigaría a fondo, y no quieren investigaciones.

—Sin embargo, tú dices que has investigado por tu cuenta —objetó Ava, bebiéndose el resto del café.

—Monsieur Chammad es un personaje extraño. Los Chammad se han casado siempre con mujeres extranjeras, desconocidas, y los hijos han aparecido en París justo a la muerte del padre, de modo que un Second Chammad casi se ha confundido con su descendiente Second Chammad. Es

como si fueran una sola persona.

—¿Como un solo ser que viviera siglos y siglos, poseedor de la inmortalidad?

—Exacto, un ser inmortal y, para que no sospechen de él, hace ver que se casa y que tiene un hijo que luego le sucederá.

Hizo una pausa y buscó un cigarrillo en un paquete arrugado. Lo encendió y se lo ofreció a Ava, que lo tomó sin ningún recelo. Él se encendió otro y, después de expulsar la primera bocanada de humo, añadió:

—Pero eso es absurdo, porque nadie tiene la inmortalidad.

—Sin embargo, tú has sospechado, por algún momento, que monsieur Chammad sí la tiene.

—A veces, dado de !o que creo, de mis razonamientos. Es como si metiera la cabeza en un mundo irreal que, desgraciadamente existe, porque tú crees que existe, ¿verdad?

—He recordado algo que no le dije a la doctora.

—¿Qué has recordado?

—Pues que las gentes que estaban en el club tenían una marca.

—¿Qué clase de marca?

—Corno una ligera mordedura oscura en el pubis, por encima del vello.

—¿Hombres y mujeres?

—Sí.

—Eso quiere decir que todos estaban marcados.

—Así es, y eso no es todo, aunque ya no sé si lo que decían forma parte del mundo de mis sueños, de la realidad que viví o un producto del desquiciamiento causado por la droga.

—Sea lo que sea, dilo.

—Pues todos eran jóvenes y atractivos. Hombres y mujeres presumían de su juventud, de su belleza física, que mostraban con arrogancia, con sensualidad; sin embargo... —se calló.

—¿Qué?

—Bueno, dijeron que tenían muchos años, setenta o noventa, no sé, muchos; pero no rae hagas caso, ya no sé si lo que digo es fantasía o realidad. Han llegado a confundirme de tal forma, que no estoy segura de nada,

—Posiblemente, es ¡o que ellos deseaban, confundir tu mente.

—¿Por qué, por qué?

—Quizá porque tú sabes algo que ellos no quieren que divulgues. El *Lycée des Esprits* no es un centro de cultura.

—No?

—Me temo que es un centro de reunión de alguna secta maligna, de esas que tanto proliferan hoy en lodo el, mundo, sectas que tienen brujos y diablos, sectas que pactan con el demonio, sectas con dirigentes paranoicos, supuestamente mesiánicos, que luego piden suicidios masivos.

—¿Como Jim Jones, el del Templo del Pueblo?

—Sí. No son todas igual, pero...—En el *Lycée des Esprits* todos llevan; un

anillo especial, un anillo astrológico, que les da monsieur Chammad cuando llegan a un grado de estudios

—Posiblemente, sabes algo relativo a esa secta que podría perjudicarles.

Ava se inclinó hacia delante. Apoyó los codos sobre sus rodillas, y apretó su cabeza entre las manos, corno tratando de estrujarla, de extraer de su interior lo que encerraba.

—Hay momentos en que sí creo que he presenciado algo terrible, pero no consigo recordar.

—De todos modos, los de esa secta y su dirigente, monsieur Chammad, no se fían de tu amnesia. Deben pensar que puedes llegar a recordar, por eso quieren que mueras, Y si no lo han conseguido las dos veces anteriores, es posible que lo intenten una tercera, y se aseguren para no fallar.

—¿De verdad crees que intentarán asesinarme de nuevo?

—Si te marcharas, si te olvidaras de todo lo ocurrido, posiblemente, no.

—Pero tú sabes que no voy a hacerlo.

—Lo sé.

—Dejé allí a las gemelas y, si esa gente es tan perversa, si detrás del Lycée des Esprits hay una secta diabólica, es horrible que haya dejado a esas dos niñas en sus manos.

—Sin embargo, no se puede ir al juez, sin pruebas. Según los papeles, monsieur Second Chammad es su tutor, por expreso deseo testamentario de los padres de las niñas. —De pronto, se dio una palmada en la frente—. ¡Ya lo tengo!

—¿El qué? —preguntó ella, sorprendida por la súbita reacción de Jules.

—Los padres de las gemelas, el matrimonio Lemoix...

—¿Qué sucede con ellos? Están muertos y sepultados.

—¿Dices que murieron en un accidente de automóvil?

—Sí, y fueron enterrados en Estrasburgo.

—Entonces, me voy ahora mismo a Estrasburgo.

—¿Qué esperas averiguar allí?

—Te lo diré cuando regrese.

—Quiero ir contigo.

—No es conveniente.

—Si me dejas sola, volveré al Lycée des Esprits; ahora, más que nunca, me siento culpable de haber dejado a las niñas allí.

—No estás en condiciones de viajar,

—No estoy tan débil, y prometo córner mucho.

—Compréndelo, va a ser una situación desagradable.

—¿Por qué no me dices de qué se trata?

Jules comprendió que no conseguiría que Ava se quedara en París, y se resignó, pese a saber que no resultaría muy agradable lo que trataba de descubrir.

# CAPITULO XI

Aguardaba pacientemente sentada en una butaca, tratando de distraerse con una revista que hablaba de avances médicos. Llevaba un buen rato sola en la salida cuando Jules regresó junto a ella.

—Ava, ven conmigo.

Ava intuyó que algo grave ocurría. Se levantó v, siguió a Jules, que la guió a través de un corredor hasta conducirla a un despacho que, además de la luz que se hallaba en el techo, poseía un flexor que enfocaba la mesa donde había un dossier abierto.

—Ava, es el doctor Mabrel.

—Usted es maestra del internado en que quedaron recluidas las gemelas Lemoix, ¿verdad? —preguntó el médico.

—Sí, yo soy. Luego, la Ley dijo que las niñas quedaban bajo la custodia de monsieur Chammad, según expreso deseo de los padres fallecidos.

—Bien, no creo que haya ningún problema en mostrar el dossier de la autopsia del matrimonio Lemoix, fallecidos ambos en accidente de automóvil.

—Muéstrele las fotografías de los cadáveres —pidió Jules.

—¿Tengo que verlas? —inquirió Ava, con aprensión.

—Vera que hay traumatismos desagradables —objetó el médico—. Aquí solemos fotografiar los cadáveres para saber cómo llegaron. Se hace así antes de iniciar la autopsia, de esta forma el informe que se entrega al juez es más completo.

Jules cogió las fotografías de frente, de cuerpo entero, completamente desnudos, del matrimonio Lemoix. En aquellos rostros y cuerpos se podían contemplar las huellas del descalabro automovilístico.

—¿Qué quieres que vea?

—Fíjate en sus vientres. Doctor, ponga las fotografías bajo la lupa gigante,

El médico puso una de las fotografías bajo la gran lupa que poseía iluminación propia, y Ava la observó con atención.

—¡Dios mío!

—Están las marcas, ¿verdad?

—;Qué marcas? —preguntó el médico.

—Las que se notan justo sobre el vello del pubis, unos centímetros más arriba.

—Son cicatrices de una mordedura —opinó el médico— y parecen de un reptil.

—¿Un reptil? —repitió Ava.

Jules, muy interesado, cambió la fotografía y puso la del hombre.

—Mire ésta. Tiene más bello hacia arriba, pero puede distinguirse también

—Es la misma marca.

El médico carraspeó y observó:

—Es muy extraño que ambos tengan una cicatriz de mordedura v en el

mismo lugar. ¿Qué significa?

—No lo sabemos bien, doctor —respondió Jules—, pero lo que quería comprobar ya está...

—Un momento, si eso significa algo grave, habrá que abrir un informe. .

—No hará falta, la muerte fue accidental, así lo estimó el juez. Esta cicatriz es muy anterior al accidente. Ustedes la debieron observar.

—Posiblemente.

El médico deseaba hacer alguna otra observación, pero ya Jules cogía de la mano a Ava, v la sacaba del despacho, sin despedirse. Caminando por el corredor, la joven británica protestó:

—¿Qué es lo que sucede, por qué ellos teman esas marcas?

—Porque pertenecían a la misma secta o grupo que tú viste en el club. ¿No te das cuenta?

—Sí, es cierto, pero,..

—Posiblemente, tendrían los anillos astrológicos.

—No los vi, pero debieron ser entregados a las gemelas. Por Dios, Jules, tú ya sabes más que yo. ¿No es cierto?

— Es una secta satánica, y todos los militantes de alguna importancia tienen esa marca que tú has visto.

—Pero si la secta fuera satánica, ellos no habrían ordenado testamentariamente que sus hijas fueran puestas bajo la tutela de monsieur Chammad, ¿no crees?

—¿Y si estaban imbuidos de las creencias o perversidades de monsieur Chammad? ¿Cuántas veces ha ocurrido, a lo largo de la historia de las religiones, que quienes buscan complacer a sus dioses o a lo que sea, son capaces de entregar hasta a sus propios hijos? Además, parece ser, tú misma lo has dicho, que a cambio reciben belleza y juventud y, cuando se pacta con el diablo, se ofrece todo, con tal de obtener sus favores

—¿El diablo?

—No te lo había dicho aun, Ava, pero yo he estudiado este asunto a fondo —lo dijo, mientras que salían de la clínica y enfilaban al departamento ¿Que es lo que no me has dicho?

—Chammad es Chammaday,

—¿Chammaday?

--Chammaday es uno de los nombres que según las leyendas rabínicas, empleaba el diablo Asmodeo.

—¿Asmodeo? No sé nada de eso.

—Asmodeo es un príncipe de los infiernos, el segundo, pues obedece a otro señor. ¿No te dice nada que monsieur Chammad se llame Second, precisamente?

— Ahora que lo dices, pero, no, no es posible..

—Voy a decirte otra cosa. Chammaday, en ocasiones, toma el aspecto de una serpiente: se dice que fue él quien sedujo a Eva y, según las fuentes en que bebas, se le llama Samuel, Asmodeo o Chammaday.

—¿Una serpiente, dices?

—Exacto, La serpiente que muerde a sus víctimas y las convierte en esclavos suyos o protegidos, según como le- mires, pero, si hacen un pacto corre!, será a cambio de algo,

—¿A cambio de que fue, de entregar su alma?

—No es suficiente. No basta un juramento, tendrán que demostrarle su capacidad de perversión.

Entraron en el pequeño coche y Ava, estremeciéndose, musitó:

—Me asustas, Jules, me asustas.

—Yo no estaba seguro. Gracias a ti, he ido atando cabos no te entiendo. ¿Por qué dices que has atado cabos, es que tú sabías algo antes de conocerme?

Jules puso el coche en marcha, y lo hizo rodar, alejándose de la clínica. Los faros iluminaron la oscuridad de la noche

—No te he sido sincero de todo, Ava, deberás comprenderme. .

Ava le miró de reojo y quedo preocupada.

—¿Me has mentido?

—No te he mentido realmente, solo me he callado cosas.

—¿Qué cosas?

—Soy agente de la Sureté.

—¿Policía?

—Sí, pero no pienses que alguien importante; solo hace dos años que ingresé en el cuerpo.

—¿Y estás investigando este caso, por encargo de La Ley?

—No La Ley no persigue a monsieur Chammad, pero yo si como ciudadano particular; claro que el ser agente de la Süreté abre muchas puertas, por ejemplo el dossier que acabamos de ver en la clínica.

—Entonces, ¿tú me seguías a mí en la Gare du Nord, cuando me lancé al tren?

—Sí. Saliste del *Lycée des Esprits*, y te seguí. Tomaste un taxi te dirigiste a la estación y fui tras de ti. Pude llegar a tiempo de que no te mataras; ibas como hipnotizada

—Entonces, ¿los días perdidos los pasé en el Lycée des Esprits?

—Sí.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes?

—Debías recordar por ti misma, tenias que contarme cosas —le dijo, mientras el automóvil rodaba por la carretera, en dirección a París.

—Pero si no te han encargado vigilar a monsieur Chammad, ¿por qué vigilabas la casa?

—Por Colette.

—¿Colette, tu amiga pintora?

—Sí. Ella desapareció.

—No me lo habías dicho.

—Creí conveniente no decírtelo.

—¿Su desaparición tiene algo que ver con el *Lycée des Esprits*?

—Sí, Colette, era curiosa, quería pintar. Había oído hablar de él, y llegó a verlo en una ocasión; recuerdo que me contó que como hombre era muy hermoso

—Lo es.

—Pero también me dijo que su belleza irradiaba perversidad. Me contó que era un tipo singular e importante y que iba a pintarlo.

—¿Y lo pintó?

—No, no volví a verla jamás.

—¿Buscasteis en la casa?

—Sí. Se investigó en el Lycée des Esprits, y dijeron que allí no había estado, no se la pudo encontrar.

—¿Investigaron a fondo?

—No. El juez no dio la orden de registro porque a los despachos de la Sureté llegó una postal de Colette dirigida a mí, contando que está en Holanda

—¿Entonces?

—Yo creo que la postal era falsa, pero el juez la dio por buena.

—¿Y Colette no ha vuelto?

—No, y yo sigo pensando que desapareció dentro de ese caserón, aunque no puedo demostrarlo, v hasta ahora no tema ningún hecho importante que hiciera que el juez pudiera darme una orden de registro.

—¿Y me utilizas a mí para buscar a Colette

—Colette era muy importante para mí, vivíamos juntos. No estábamos casados, pero como si lo estuviéramos Me comprendes, ¿verdad?

—Perfectamente.

—Luego apareciste tú. Conseguí salvarte en la Gare du Nord y entonces comprendí que estaba en lo cierto. Desapareciste y temí que te hubiera ocurrido algo muy «rave Te busqué por los hospitales y clínicas hasta que te encontré y averigüé lo sucedido. Te estuve protegiendo lo que pude.

—¿Y tú crees que yo tengo la clave de lo que pasa allí? ,

—Sí, de lo contrario, no tratarían de asesinarte, procurando que parezca un suicidio.

—Si conmigo tratan de aparentar un suicidio, ¿por qué no hicieron lo mismo con Colette?

—Quizá las circunstancias no eran las mismas, tú tenías que regresar a Estrasburgo, después de haber estado en el liceo. Si desaparecías, la investigación dentro del viejo caserón no se podría evitar, y no querrán que esto suceda. Más, estoy seguro de que tú sabes algo muy importante, que ellos temen que divulgues,

—¿Qué será, qué será? Dios mío, Dios mío, ayúdame a recordar. .

—Piensa en esas marcas que tienen los discípulos, de Chammaday o del diablo, aunque suene absurdo hablar del diablo en nuestros días. .

—Las marcas, las marcas .., ¿Que significaran las marcas ?

—Pueden significar la culminación de una ceremonia de iniciación, una ceremonia donde podría estar presente una serpiente. . , ,

—Una ceremonia, una serpiente, hombres y mujeres desnudos… —Ava apretó las sienes, y luego comenzó a gritar—- ¡Sí, sí, una ceremonia, la serpiente descendía por las escalinatas, descendía, y la mujer que la llamaba a gritos, decía Chammaday, Chammaday, Chammaday:

—¡Eso es, sigue! —le pidió Jules.

Tuvo que hacer una brusca maniobra para no chocar contra un camión, que venía en dirección contraria.

—Estaba desnuda, era una vieja. La serpiente se le enroscó y la mordió, y ella comenzó a rejuvenecer, si, comenzó a rejuvenecer. No recuerdo más, no recuerdo.

—Haz memoria, Ava, haz memoria, estas en el buen camino. ¿Qué hizo para merecer que la serpiente la marcara, qué hizo?

—Tenía un cuchillo ensangrentado y acababa de sacrificar algo, sí, había sacrificado un cuerpo, que goteaba sangre. No estoy segura de lo que fue, había luces de velas, me escocían los ojos y tenía miedo. Te juro que no recuerdo más, Jules, no recuerdo más, pero yo vi la ceremonia. La serpiente era horrible, negra y larga, con los ojos rojos corno carbones encendidos. Todos la aclamaban, y eran los mismos que estaban en el club, eran los mismos.

—¿Y qué podían sacrificar?

—No lo sé, un animal o un niño... Un niño, Dios mío, un niño; no había caído en ello, y yo dejé que las gemelas se quedaran allí, en la mansión del diablo... Por favor, Jules, aprisa, hay que salvarlas, hay que salvarlas. Las puse en sus manos. Dios mío, Dios mío, ¿qué habrá sido de ellas? Sus propios padres las entregaron al diablo, con el que pactaron. ¡De prisa, Jules, de prisa, hay que sacarlas de ese maldito caserón, antes de que sea demasiado tarde!

—Quizá ya sea demasiado tarde —musitó Jules, mientras pisaba a fondo el acelerador.

El pequeño automóvil rodó al tope de sus posibilidades. Sus ocupantes no sabían todavía lo que estaba ocurriendo con las gemelas Lemoix.

# CAPITULO XII

Llegaron frente a la puerta de hierro que cerraba el muro que circundaba el Lycée des Esprits. Era ya de madrugada, y Ava preguntó:

—¿Qué podemos hacer ahora?

—No lo sé, pero tú piensas lo mismo que yo, que las gemelas están en peligro, ¿no?

—Sí, sí, tengo que sacarlas de ahí dentro. Luego, que sea la Ley quien esclarezca todo lo que ha sucedido.

—Yo soy agente de la Süreté, y sé que no podríamos explicar muy bien que monsieur Chammad sea el diablo en persona; es absurdo, se reirían de mí, pero yo lo creo.

—Esas sectas son muy peligrosas, y las gemelas están en peligro.

—Yo he consultado con varias personas capaces de comprender estos fenómenos extraños, y he sacado conclusiones.

—¿Exorcistas?

—No, no hay ninguna persona endemoniada. Que yo sepa, es el mismísimo diablo, es Asmodeo, es Chammaday, quien ejerce su poder sobre las personas que se le acercan y pactan con él. El no hace ningún daño físicamente; no puede quitar la vida a nadie, pero pone de relieve la perversidad contenida que todos llevamos dentro y son sus seguidores, quienes pactan con él, los que realizan las cosas más atroces.

—¿Qué podemos hacer?

—No lo sé, sólo me han dado ideas. Ahora, veremos

Jules salió del coche. Levantó la puertecilla del portaequipajes y sacó un frasco de cristal, que contenía un líquido viscoso. Luego, cogió una botella que llevaba una etiqueta bien visible.

—¿Alcohol?

—Si alcohol —asintió Jules.

Y agitó el alcohol dentro del frasco de boca ancha cerrado herméticamente mediante, una tapa también con punta de goma. Después, agito el contenido cuando el frasco estaba lleno.

—¿Qué harás, con eso?

—.No lo sé bien sólo te digo que he recibido consejos, consejos vagos. Se supone que un policía tendría que ir con pistola.

—¿Y la llevas?

—Sí la llevo.

Se palpo el pecho, y luego le entrego el frasco.

—¿Y que he de hacer yo con esto -pregunto Ava.

—Cuando llegue el momento, ya te lo diré, llegaron hasta la verja. Estaba cerrada y Jules, sin pensarlo dos veces, pulsó el timbre a fondo, manteniendo la llamada. ,

—No vendrá nadie —susurró Ava—, la casa parece abandonada está

vacía, siempre hay alguien dentro. Yo mismo he vigilado este caserón en varias ocasiones; parecía vacío, y luego he comprobado que había, gente dentro.

Insistió con el timbre hasta que apareció la figura negra y alargada de madame. Artémise

—Qué quiere?

—Abra —le ordenó Jules.

Madame Artémise no vio a Ava que, por sugerencia de Jules, se había hecho a un lado.

—No son horas márchese o llamaré a la policía.

—Soy policía, señora.

Mostró su carnet. Madame Artémise, confundida se acercó Y entonces, Jules introdujo el brazo entre las rejas y la agarró por el cuello bruscamente, sin miramientos. La cara de la mujer se vio aplastada contra los hierros. Jules se guardó el carnet, y con la otra mano registro a madame Artémise, sacándole la llave de un bolsillo.

—¡Auxilio!

—Si gritas, traigo a toda la policía aquí —le advirtió Jules, abriendo la verja.

Ava pasó al interior, y madame Artémise la miró, entre asustada y preocupada.

—¡Esto es un atropello! —protestó la mujer.

Jules, sin miramientos, la empujó hacia un árbol. Sacó de su bolsillo unas esposas, le cerró uno de los aros alrededor de una de las muñecas, y la obligó a abrazar el árbol.

Cerró el otro aro, quedando así bien sujeta al tronco, abrazada a él sin poder escapar.

—Vamos, Ava, esta bruja no molestará más.

—¿Te pueden expulsar de la policía por esto? —preguntó la joven, inquieta.

—Sí, pero hay cosas que son difíciles de explicar. Vamos.

Con paso rápido, avanzaron por el amplio sendero que conducía al atrio del caserón. Una vez allí, les fue fácil introducirse en la mansión convertida en Lycée des Esprits.

—¿Qué hacemos ahora?

—¿Dónde crees que podemos encontrar a monsieur Chammad?

—No lo sé, pero estará arriba, subiendo por esas escalinatas.

—¿Y las gemelas?

—Si no han cambiado de habitación, dormían más arriba; se sube por una escalera de caracol.

—Veamos, primero, si está ese sujeto.

Subieron por la amplia escalinata que ascendía desde el salón. Al llegar a lo alto, miraron a un lado y a otro.

—Esa debe ser la puerta —indicó Ava, señalando la puerta tallada en bajo

relieve.

Jules se acercó a ella, y ¡a abrió sin encontrar dificultades. Dentro había una gruesa vela encendida, que daba un aire fantasmal a la estancia, que olía acre, también a azufre y a otros aromas extraños. Se escuchaba una pesada respiración.

—Jules, tengo miedo.

Jules desenfundó la pistola que llevaba en la sobaquera, y avanzó a la cama con dosel y cortinajes de gasa, cubrían por completo. Al descorrerlos, le pesada respiración que se escuchaba se transformo en un fuerte quejido.

—¡Cuidado, Jules! —grito Ava.

La serpiente, negra y maligna, que se hallaba enroscada sobre el lecho, se había enderezado en parte, en actitud de ataque.

Jules, que llevaba el arma preparada hizo tres dispares contra su cabeza, alcanzándola de lleno No podía fallar a la corta distancia que se hallaba del reptil.

La serpiente cayó hacia atrás, y Jules opino:

—Ya no volverá a molestar.

Su predicción resultó totalmente equivocada, porque la serpiente se volvió a enderezar como si nada le hubiera ocurrido.

—¡No puedes destruirme, mísero mortal!

Jules y Ava quedaron atónitos ante las palabras que sin duda alguna, acababan de brotar de la boca de aquel reptil que, obviamente, no era una serpiente vulgar; poseía la capacidad de regenerarse rápidamente.

—¡Es Chammaday, es Chammaday! —observo Jules, retrocediendo. .

—¡ Príncipe de las tinieblas, toma esto!

Ava abrió el frasco de cristal, y arrojo su contenido centra la serpiente, que se revolvió al recibir aquel liquido de color azul verdoso con que quedo mojada

Jules no perdió tiempo y, cogiendo el velón, lo arranco del candelabro, acercándolo a la serpiente que empapada en el alcohol y la materia viscosa disuelta en el, se inflamó con rapidez.

Brotó un rugido infrahumano, indescifrable, algo que no parecía salir de la serpiente, que comenzó a arder mientras un humo amarillo verdoso comenzaba a llenar la estancia.

—¡Vámonos, vámonos, ya no podrá hacer nada contra esto —gritó Jules, cogiendo a Ava y retrocediendo hacia la puerta con ella.

La serpiente se retorcía agónicamente.

—Jules, Jules, ¿qué era lo que hemos echado?

—Hiel de pescado. Los libros cuentan que se puede vencer a este diablo con la hiel de un pez, así lo venció el arcángel Rafael. Vamos, habrá Tiempo para hablar de esto mientras la serpiente se quemaba con aquella mezcla de hiel de pez y alcohol, ambos abandonaron la habitación y cerraron la puerta. Mas el fuego se iba propagando ya.

—¡Cuidado? —grito Ava.

Jules se movió, y el puñal que iba dirigido contra su corazón se clavó en su brazo.

Una de las gemelas estaba allí, con el afiladísimo puñal en la mano, dispuesta a hundirlo de nuevo en el cuerpo de Jules, el cual le propinó una fuerte patada. La jovencita, impulsada hacia atrás, cayó rodando por la escalinata mientras gritaba.

—¡Dios mío, cuánto horror? ¡Quería matarle! —gimió Ava.

El apestoso humo escapaba ya por debajo de la puerta, y el caserón amenazaba con arder completamente.

—Corramos hacia abajo. Esa niña, ¿cuál es?

—No lo sé.

—¡Bárbara. Bárbara! —gritó Berta, saliendo por el lado de la escalinata y yendo hacia su hermana, que había quedado trágicamente quieta, con los ojos abiertos mirando al techo.

—¡Berta. Berta! —gritó Ava, bajando casi a saltos.

Berta les miró con odio y se apoderó del puñal que su hermana había conservado en su mano hasta el último momento.

Ava se encontró a un metro, escaso de Berta, con la sorpresa de que ésta se disponía a apuñalarla. No podía escapar al ataque de la jovencita. Ava no sabía luchar

Jules, que se había detenido en la escalera, apuntó con su pistola a Berta, mas le faltó valor para disparar contra ella.

—¡No, Berta, no lo hagas! —le suplicó Ava, pensando que no podría escapar de ser apuñalada.

En aquel instante, un grito fortísimo y horroroso, un grito que hizo temblar hasta los cimientos del caserón, los ensordeció.

La puerta que cerraba la alcoba de Chammaday saltó afuera como si se hubiera producido una explosión de la estancia. Brotó una apestosa columna de humo como si fuera un tornado, y descendió por la escalinata.

Jules se sintió empujado por aquella nube, que semejaba tener cuerpo sólido, y cayó por la escalera. Las propias Ava v Berta cayeron también. La nube prosiguió, como rugiendo, hacia la puerta abierta que daba al jardín, y desapareció en la noche, dejando el caserón como sumido en un gran vacío.

Berta aturdida, miró el puñal que sostenga en la mano, y lo soltó, horrorizada. Después, miró a Ava y se abrazó a ella.

Magullado con el brazo herido, Jules descendió hasta ellas y les dijo:

—Se ha ido.

—La casa está ardiendo, habrá que avisar a los bomberos, advirtió Ava más repuesta, sosteniendo el abrazo de Berta

— Los bebes, los bebés! — gritó Berta, de pronto.

—Qué bebés, —preguntó Ava.

—Los que están abajo; ¡Los tenia para sacrificarlos en las ceremonias! ¡Los degollaban para ofrecerlos si diablo así demostraban su perversidad! Ava, Ava, que miedo he pasado, yo también soy una Perversa

—Tú v todos, querida, tú y todos; solo que la maldad que llevamos dentro de nosotros hay que controlarla y reprimirla. . .

—Hay que salvar a los niños, corramos!

Pese a su brazo herido, Jules se puso al lado de Berta, que corrió hacia la escalera que conducía al sótano. Llegaron a la guardería y descubrieron a los bebes que allí se retenían para utilizarlos en los momentos de las ceremonias: negras v sangrientas.

—¡Hay que sacarlos fuera, vamos:

Tomaron dos criaturas cada uno, y las sacaron del sótano llevándolas al atrio. Regresaron al sótano cuando las llamas va se habían extendido por todo el piso, y sacaron a los niños restantes, junto con algunas mantas para protegerles del frío de la noche,

—¿Y Bárbara? —preguntó Berta. —Ahora recogeré su cadáver —dijo Jules, pese ;a la herida.

Cuando quiso recuperar el cuerpo, no logró llegar hasta él; parte de la techumbre se desplomó sobre el cadáver de Bárbara, sepultándolo,

Los bomberos, en colaboración con la policía hicieron una inspección a fondo entre los escombros del *Lycée des Esprits*, que había quedado totalmente destruido.

En el sótano, atrás una pared falsa, se encontraron vatios cadáveres, algunos de ellos muy antiguos, otros pudieron ser identificados. Entre ellos estaba el cadáver del comisario Senoir y el de Colette los restos de niños sacrificados eran numerosos.

La experiencia de aquel descubrimiento fue horrible, lo que no se pudo encontrar fue la lista de los que habían participado en las horribles ceremonias había quemado en e! siniestro incendio, y a aquellos seres que habían pactado con el diablo no se les volvió a ver

Sin embargo, Jules, Ava y Berta que algún día volverían a toparse con alguno de ellos, y se les podría reconocer por el extraño anillo que les entregara Chammaday, después de haberlos marcado como protegidos suyos,

Berta Lemoix regresó al internado, y ya jamás pudo verse una sonrisa aflorada a sus labios.

Los interrogatorios fueron inútiles para madame Artemisa Parecía haberse quedado muda, y nada dijo por más que se la interrogo. Se le quiso condenar a la guillotina, y un equipo de médicos opinó que lo mejor era recluirla en un manicomio, y así lo determinó como más conveniente el juez que se ocupo de los tristes y sangrientos sucesos.

—¿Crees que alguien piensa que monsieur Chammad era el diablo? —preguntó Ava, que ya por derecho propio que en el apartamento de Jules, con el que se había casado

—No, no lo creería nadie. Para el mundo, es más fácil .suponer que era una especie de Jim Jones, de Charles Manson, Rasputín o cualquier otro individuo semejante. Pero es mejor que dejemos de pensar en ello y apaguemos la luz, ¿te parece?

Ella cerró la luz, y después buscó los labios de Jules para besarlos con amor.

**FIN**